

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

ENVIADO DE LOS DIOSES

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

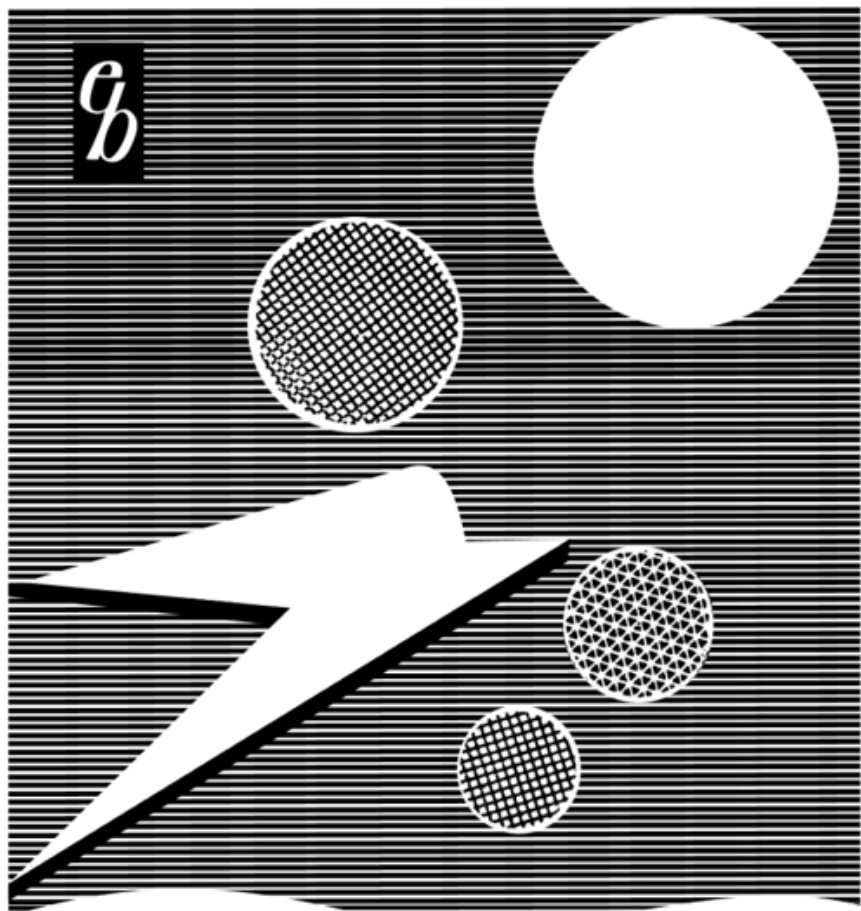
ENVIADO DE LOS DIOSES

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GALAND

ENVIADO DE LOS DIOSES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 239

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 55.831 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1975

© **CURTIS GARLAND** - 1975

texto

© **SALVADOR FABÁ** - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y
entidades
privadas que aparecen en esta
novela, así como las
situaciones de la

misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo
que cualquier
semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

234— Lo que ocurrió... ¡mañana!, Curtis Garland

235— Después de la invasión, Marcus Sidereo

236— *Los bicéfalos*, Glenn Parrish

237— *Skylab*, Curtis Garland

238— *Reyes del espacio*, Clark Carrados

DEDICATORIA

A todos los que hicieron posible que la Fantasía Heroica, llamada también Espada y Brujería, fuese

lo que es hoy día: la ciencia ficción por excelencia... a fuerza de ser la antítesis de la SF.

Porque el mundo, tan desconfiado ya de la tecnología, se ha querido evadir a un mundo casi mítico, caballeresco, con fondos de heroísmo de cuento de hadas, pero no falta del elemento espacial. Pero quizá más cerca de un humanismo que, desgraciadamente, la SF iba perdiendo a pasos agigantados.

A los que lograron eso:

EL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

LA LEYENDA

“¡Oh, dioses que permitisteis la llegada de vuestro hijo predilecto a las tierras de Vultar! Oh, dioses, mil veces gracias por la noche en que la piedra ardiente cayó desde vuestra divina morada, hasta el cráter del Génesis de nuestro mundo triste y dormido...”

(Oración de la Fe Nueva, según las cántigas del monje Wadai, inscritas en la piedra cárdena del templo magno de Puerto Helium, estado de Enigia.)

Así comenzó todo.

No sólo el monje Wadai immortalizó para todo Vultar la leyenda, sino que fueron muchos los religiosos, los bardos y los juglares arcaicos del Hemisferio Occidental de Vultar, único civilizado y conocido, ya que el Oriental no eran sino marismas, océanos tormentosos y tierras que, al decir de las gentes, sólo monstruos y demonios podían habitar, con su eterna oscuridad de soles o lunas, dada la falta de movimiento rotatorio del planeta sobre sí mismo.

Así comenzó para la historia y también para la leyenda.

Su lo vino en llamar la Noche de la Piedra Ardiente. Lo cierto es que algo cayó del cielo luminoso en esa noche. Un cuerpo ígneo que se estrelló en las tierras enigias, con gran estruendo.

Rhem, la ciudad más próxima al lugar del suceso, experimentó el temblor convulso del terreno, cuando el fenómeno se produjo. Muchas personas aterrorizadas, asomaron a las ventanas de sus viviendas. La mayoría, se encogió en sus lechos, invadida por un terror supersticioso. Los que tuvieron el valor de contemplar la distancia, con el repentino halo llameante, fueron más bien escasos.

Otros muchos, pensando que alguna legión de feroces piratas interplanetarios, de los que abundaban en la exosfera de Vultar, habían lanzado sobre Enigia un arma nueva y devastadora, antes de un ataque organizado contra sus comercios y propiedades más ricas, se apresuraron a regresar al interior de sus casas, cerrando a cal y canto las aberturas posibles, ya fuesen puertas o ventarías.

Ello sucedía en el año 898 de la Era Tercia de Vultar.

Iba a ser una fecha a recordar por todos los voluntarios. Aún estaba demasiado próxima en el recuerdo y en la historia, la gran hecatombe geológica que terminó con la supercivilización de Titania, la Grande, el mayor imperio conocido. Siglos de oscurantismo e ignorancia habían seguido a aquel holocausto de toda una raza poderosa.

En esa noche tenebrosa de los nuevos tiempos, entre ignorancia, superstición y paganismo fue precisamente cuando la luz llameante cayó del cielo...

* * *

Una Enigia dominada y extranjerizada, ansiaba un libertador. Era el sueño de siempre para los humanos de cualquier lugar habitado del mundo.

Y ese libertador, lo creó la leyenda y el afán de mitode los que ya no esperaban nada ni confiaban en nadie.

El mito, la leyenda, tomó cuerpo aquella noche, en la forma que cayó del cielo. Acaso era solamente un meteoro. Acaso nadie llegó del espacio en la piedra llameante que formó un cráter en el suelo enigio.

Acaso lo que esa piedra celeste hizo, fue destruir algo o a alguien, y dejar con vida solamente a un ser: un pequeño ser lloroso e inconsciente, a quien rodearon, maravillados, los más audaces, los que se atrevieron a llegar antes al lugar del suceso, y pisar la tierra calcinada.

Acaso. Pero lo cierto es que, en aquel niño milagrosamente ileso en pleno lugar del cataclismo, todos vieron o creyeron ver algo enviado de muy remotos confines.

Tal vez todo tenía una explicación real y lógica, sin fantasías ni leyendas. Sin posibilidad, de alimentar las esperanzas e ilusiones de un pueblo oprimido.

Tal vez la piedra solamente logró romper algún conducto subterráneo de agua, haciendo brotar ésta a la superficie. Pero el agua tenía un raro tono rojizo, como sangre. Y brotaba con fuerza, como lo haría de una herida humana esa misma sangre, entre borbotones. Todos coincidieron en que era el manantial mágico de que hablaban viejas leyendas de libertad y civilización: la Fuente de Juventud para los que tuvieran fe en la justicia de otros dioses más dignos y generosos que las siniestras divinidades de la actualidad.

Lo cierto es que cayeron de rodillas, ante el agua roja que brotaba del suelo candente, hendido por la piedra del cielo. Y tomaron entre sus brazos al desnudo niño que lloraba, cerrados sus ojos bajo el cabello rubio, casi blanco.

—Es el Manantial de Juventud Eterna —dijo alguien, supersticioso.

—Y él es El Libertador —añadió otro, con voz fervorosa—. La criatura que enviaron los dioses para devolver al hombre la dignidad perdida...

—Es eterno e invencible, como los mismos dioses —oró alguien más, en voz alta, cayendo de rodillas—.

Oh, milagro... Será el guerrero al que nadie vencerá. Que nunca morirá ni será abatido. El que, con las armas de la justicia, del amor y de la fe, salvará a nuestro pueblo esclavo... y a todos los pueblos del planeta Vultar que sufran cautiverio o sometimiento a las fuerzas del Mal...

—Llegó de la morada de los dioses —añadió un viejo monje, orando entre sus venerables barbas blancas, tembloroso de emoción—. Y su cuerpecito se bañó en las aguas sagradas, saliendo de ellas con el don de la inmortalidad... ¡Demos gracias todos a la llegada del Libertador que mencionan las Fábulas del Futuro! ¡Bien venido el luchador, el guerrero cantado en el Poema de la Libertad del destruido templo de Atlas!

Y todos, como al conjuro de algo mágico, cayeron de rodillas en torno al cráter, en torno a las aguas rojas y burbujeantes, en torno al niño desnudo y lloriqueante, que brazos emocionados y amantes alzaban con ternura y con fe hacia lo alto...

Así comenzó todo.

* * *

—Así comenzó todo —dijo lentamente el monje, parándose ante el profundo cráter con aire reflexivo.

Los demás le imitaron. Antorchas y túnicas formaban un extraño conjunto en la noche, en torno a la ancha huella dejada por el meteoro en el pasado.

Era como si las cosas se repitieran de nuevo, casi dos décadas después de aquel suceso prodigioso en que llovió del cielo una piedra ardiente. Y con ella, un niño... Una leyenda. Un mito.

La peregrinación a Rhem era algo habitual. Cada año, desde entonces, se dirigían desde los más lejanos lugares de Enigia, a contemplar el cráter. A adorar al enviado de los dioses. A tener fe en algo. Y en su propia liberación futura.

Parecían todos monjes. Pero no todos lo eran, aunque iban a la cabeza de la comitiva. Los peregrinos también vestían hábitos oscuros, de burda tela. En sus manos, brillaba la antorcha para iluminar la senda en la oscura noche. En sus ojos, la luz de la fe en el libertador prometido.

La Noche del Meteoro.

Era el momento de soñar, de esperar, de pedir la presencia del guerrero mitológico que les librase de la tiranía. Un deseo tan viejo como los mundos.

Se arremolinaban aquí y allá, tocando la tierra, aún calcinada. De ella manaba agua termal, ya casi seco el manantial antiguo. El lugar de peregrinación aparecía oscuro, con la salvedad de los astros de la noche, titilando allá en el firmamento. Y las antorchas llameando en manos temblorosas de emoción. Y también de temor.

Temor, sobre todo, a ser descubiertos. Las tropas hélidas, invasoras de Enigia, eran muy celosas en el cumplimiento de la ley, ciertamente. Cualquier peregrinación semejante, cualquier alusión a los dioses y a un libertador, era duramente reprimida siempre.

Reprimida con sangre. Con muerte. Con violencia.

Los monjes que presidían la comitiva, advirtieron, susurrando las palabras:

—Ya visteis el lugar. Ahora, partamos. Es peligroso permanecer demasiado tiempo aquí.

Pero algunos peregrinos se resistían a partir. Querían admirar el lugar admirado y soñado. Eso demoró el regreso de la peregrinación.

- eso provocó el desastre.

* * *

Súbitamente, la noche se llenó de estruendo, de voces, de un temblor violento en la tierra.

Monturas hélidas, unicornios de flotante melena y cuerpo manchado, aparecieron por doquier. En sussal, que ninguna mano humana parecía capaz de esgrimir, giraba, revoloteante, como si nada pasara, sobre su cabeza del formidable guerrero surgido de las sombras.

Los soldados de Hélide se detuvieron, como petrificados. Los ojos de los guerreros se dilataron, fijos en el que venía sobre ellos, como un centauro increíble. Los animales que montaban, emitieron relinchos de inquietud.

Cayó Aquilán sobre los primeros hombres del cerco. Su espada cercenó miembros, cabezas, taladró cuerpos y reventó corazas metálicas a golpes. Una especie de viento mítico barrió las filas de soldados. Ellos, ni siquiera acertaban a luchar coherentemente contra aquel ciclón humano.

Hasta que, comprendiendo que, pese a todo su fiero aspecto, era sólo un enemigo, un solitario luchador y, por tanto, limitado en sus fuerzas, se precipitaron, a una orden de uno de sus amedrentados oficiales.

Un cerco de hombres armados rodeó a Aquilán. Saltaron algunos de ellos, reventados a cuchilladas, a estocadas de muerte, dando saltos

espasmódicos hacia atrás, entre tremendos estallidos de sangre ardiente.

La pugna se hacía difícil, por lo desigual. Aún quedaban cinco o seis enemigos sobre el cansado guerrero solitario, cuando uno de los peregrinos levantó la voz, alzando sus brazos al cielo:

—¡Hermanos! —rugió—. ¿Vamos a permitir esta lucha desigual, a dejar que nuestro líder combata solo? ¡No somos cobardes ni suicidas! ¡Luchemos por la libertad y la vida!

Un clamor acogió la arenga. Ahora, de repente, por retaguardia, los soldados de Hélide se vieron venir encima un caos de hombres enfurecidos, que saltaron sobre ellos, con la sola fuerza de sus manos y de su razón, apoyando al guerrero magnífico que se batía en medio de ellos.

Los soldados abatieron a bastantes peregrinos. Pero la masa superior de éstos terminó arrollándoles. La revancha fue violenta y exaltada. Cuando Aquilán abatía a su último adversario armado, atravesándole el cuello con su espada, de parte a parte, contempló los últimos supervivientes debatiéndose, linchados por la multitud enfurecida.

—¡Ya basta! —rugió, levantando al aire su espada ensangrentada—. ¡Deteneos todos!

Obedecieron su voz poderosa, como si fuese el clarín de las trompetas de oro de la morada de sus dioses. Todos se volvieron a él. Le miraron largamente.

—Aquilán, vuestro defensor, os habla —dijo el rubio guerrero—. Vinisteis con fe y esperanza, a visitar el lugar de mi nacimiento. No os puedo decir si soy hijo de humanos o de dioses, porque yo mismo no lo sé. Sea como sea, os diré algo: luchad todos. Confiad en mí, pero luchad. Solamente con la lucha de todos vosotros, unidos o separados, Enigia volverá a ser libre. No hay fuerza humana capaz de detener el afán de libertad de todo un pueblo... por eso esta noche espero que hayáis aprendido la lección. Seguid la lucha, amigos. Seguid siempre adelante... por vuestra patria y vuestro hogar. Aquilán está con vosotros.

—¡Viva Aquilán, el enviado de los dioses! —exclamó una voz.

—¡Viva! —rugieron todas las gargantas.

El guerrero miró en torno suyo, con cierta tristeza. Cuerpos y cuerpos yacían en un baño de sangre. Soldados, monjes, peregrinos...

—Demasiada sangre —murmuró—. Espero que los hombres, algún día, despertemos de esta locura. Se puede convivir sin llegar a esto...

Majestuosamente, regresó a las sombras. La noche engulló al guerrero Aquilán, héroe de los enigios.

Aquel joven vigoroso, rubio, titánico casi, que tendría ahora veinte años escasos, era el mismo que un día llorara, al lado del meteoro abatido en Vultar.

Y, como la leyenda dijera, como el mito prometiera a los hombres de Enigia, era el símbolo de su libertad. El defensor del país oprimido...

Minerva de Iledia, majestuosa en su túnica roja y oro, miró largamente al monje que se inclinaba, ceremonioso, ante la ilustre visita al monasterio.

—¿No sabéis nada sobre Aquilán, hermano Tongar? —preguntó fríamente.

—Nada en absoluto, mi señora —declaró el religioso apaciblemente—. Todos dicen que él existe. Que defiende a los débiles. Es cuanto sé.

—Se dice que vosotros, los monjes, le protegisteis y educasteis hasta que se ha hecho un hombre, un rebelde que lucha por Enigia contra Hélide...

—Se dicen muchas cosas, mi señora —suspiró el hermano Tongar—. Pero nunca se puede saber dónde termina la verdad y empieza la leyenda.

—Si es hijo de dioses realmente, me gustaría conocerle. He viajado desde mi tierra natal sólo por ver cara a cara a ese hombre-dios, o lo que sea. Y saber si la profecía es cierta, hermano. No me guía ninguna otra intención. Soy mujer, y siento curiosidad. Eso es todo. También soy rica. Sabéis que puedo ayudar considerablemente a vuestra comunidad... a cambio sólo de ver a ese muchacho una vez, sea donde sea y como sea...

—Mi señora, perdéis vuestro tiempo —sonrió el monje, siempre

ceremonioso con aquella dama que ya en varias ocasiones acudiera al templo, con limosnas y donativos altamente generosos—. De verdad os digo que nada sé sobre ese Aquilán. Ni conozco su paradero. Lo que sí os puedo decir es que... no prestéis mucho caso a lo que se habla. Hay más leyenda que realidad en todo.

La hermosa dama de dorados cabellos, pareció irritarse. Contempló al monje, y murmuró un mal contenido disgusto:

—Parece que aunque supierais algo... nunca lo revelaríais, hermano Tongar.

—Mi señora, si fuese relativo a los dioses y sus designios... no sería justo ni digno que hiciera de ello habladurías, creedme.

Aún se inclinaba, sonriente y afable, cuando Minerva de Iledia salía despechada del recinto religioso. Más allá, en su carruaje cerrado, de ricas colgaduras de seda en sus ventanas, y guiado por briosos caballos del Sur, le esperaba un hombre alto, enjuto, de negros cabellos y claros ojos maliciosos.

—¿Algún resultado, mi señora? —preguntó.

—Ninguno, Zeón —replicó ella fríamente—. Ese sacerdote, el hermano Tongar, es muy astuto. Juraría que algo sabe... y no lo dirá por nada del mundo.

—Es muy probable. Esos religiosos saben soportar hasta la tortura.

—No me gusta la tortura, Zeón.

—Bien. En ese caso, mi señora... quizá tengamos que haceros pasar un mal rato esta noche.

—¿Qué queréis decir?

—Aquilán tiene fama de proteger siempre al débil y al que está en peligro. Parece como si algo mágico le avisara... De modo que se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál, Zeón?

—Esta noche seréis atacada... sin muchos miramientos.

—¿Atacada?

—Por soldados nuestros, naturalmente —rió él, irónico—. Entonces sabremos si Aquilán es, realmente, tan portentoso como dicen...

* * *

El viejo sacerdote cerró la maciza puerta ojival de madera tras de sí. Respiró hondo, con cierto alivio, y luego se apoyó de espaldas en la propia puerta, recia y claveteada.

—No sé si la engañé —dijo con voz profunda—. Me temo que no del todo. Pero tampoco ella me engañó a mí.

¿Por qué dices eso? —sonó una voz grave, ronca y pausada, brotando de un rincón sumido enteramente en sombras, allá al fondo de la vasta sala de piedras macizas, estructura de un viejo recinto religioso, conservado contra toda clase de corrientes diversas, por hostiles que fuesen, acaso por encima de tiempos y épocas, tal vez por supervivencia de otras ideas y de otras convicciones perdidas en el mismo oscuro misterio del pasado donde murió la soberbia y altiva Titania y sus superhombres de la gran raza civilizada.

Miró el monje hacia donde sonara la voz lenta y cansada, rica en inflexiones meditativas y astutas. Se echó atrás la caperuza, al tiempo de hablar con inusitada energía en un hombre de su edad:

—Porque esa dama, Minerva de Hedía, no es lo que dice. No procede de Masina.

—¿Por qué estás tan seguro de tal cosa? —quiso saber el oculto personaje de la voz calculadora y sombría.

—Porque su acento no posee la cantarina dulzura de las mujeres de Masina, su musicalidad arrastrada, como lánguida. Por el contrario, es otra forma de dulzonería amable, tierna y algo apasionada. Como lo haría una sensual hembra de Ciudad Nauta, pongamos por caso, por muy elevada que fuese su cuna.

—Ciudad Nauta... Es la capital de Hélide...

—Claro. Ella es de Hélide, diga lo que diga. Una enemiga de Enigia, a juicio de muchos. Cuando menos... ciudadana de un pueblo

invasor que nos domina. Es suficiente, ¿no? Sobre todo, si niega su origen, tratando de confundirnos.

—Eres astuto. Sigue. ¿Qué más intuyes en esa visita, puesto que la hermosa y elegante dama miente en lo relativo a su origen?

El monje de cabellos grises, de larga barba canosa, no se contentó con su anterior maniobra de despojarse de la caperuza parda, echándola atrás. Por el contrario, ahora aferró sus cabellos, largos, lacios y canosos, y los arrancó de un tirón, junto con su bigote y barba.

Todo era postizo. Todo se quedó en sus manos. Lotiró a un lado casi despectivamente, al tiempo que la encorvada figura de antes, se erguía poderosa, atlética, dominadora, dentro del hábito monacal, parduzco y desvaído, para moverse con larga, enérgica, fuerte zancada, hacia la zona de profundas sombras donde alguien hablaba con la voz grave y rotunda de la experiencia y la sabiduría.

—Hermano Tongar —dijo con voz firme, enérgica, llena de vitalidad y arrogancia casi indómita—: Creo que esa mujer es una espía, enviada por los enemigos de Enigia; una agente de los gobernantes de Hélide, dispuesta a encontrar, sea como sea, al llamado Hijo de los Dioses.

- diciendo esto último, soltó el cordón de su hábito, echando éste hacia atrás. Cayó la parda estameña a tierra. Debajo, apareció un alto, gigantesco, elástico cuerpo bronceado, puro músculo, fibra,, nervio y tendón, bajo una epidermis tersa y vibrante como la de un felino al acecho.

Frente a él, de la sombra, emergió la figura encogida de un viejo monje de barba blanca y canosos y largos cabellos, arrugado y encogido, envuelto en el pardo basto y desvaído de sus hábitos.

—Sí, Aquilán, Hijo de Dioses —dijo lentamente el monje—. Eso es, justamente, lo que me estaba temiendo. Pero sabía que ibas a descubrirlo por ti mismo...

CAPÍTULO II

EL ESCUDO DE AZUR

"..Se dice en los Yermos, que sólo el Escudo de Azur puede preservar la vida del guerrero. Y que sólo ese escudo, en manos de quien lucha, es capaz de convertir en invulnerable a cualquiera, incluso contra la Espada Flamígera del rey Roaluk Khan, que éste conserva en su siniestro reino de Aurania, guardada por monstruos cuya sola visión helaría la sangre en las venas al más temerario."

(De los Poemas Mitológicos de los pueblos nómadas de Oriendas.)

El capitán Ikko, de la guardia imperial de Hélide, asomó por la tapia del huerto. Miró abajo.

El hermano Tongar y el alto, poderoso guerrero rubio, estaban frente a frente el uno del otro. Los ojos verdosos del capitán, brillaron con malignidad.

—Lo logré... —jadeó para sí—. Sabía que vigilando este lugar, terminaría por dar con él... Siempre estuvo protegido por los monjes, aprendió de ellos su sabiduría... Estudió en sus libros históricos... Ese es el maldito rebelde que se hace llamar a sí mismo Hijo de Dioses...

Empezó a retirarse, cautamente. No fue muy lejos, sin embargo. Allí mismo a dos manzanas del monasterio, esperaba su guardia, bebiendo en la cantina del gordo Abduz.

—¡Vamos, haraganes, dejad el vino ahora! —rugió, malhumorado, entrando en el figón—. Hay trabajo para vosotros. Y trabajo urgente... Preparad las armas. Seguidme, y en silencio. Tenemos en nuestras manos la más grande hazaña imaginable. La que puede convertirnos en oficiales a todos... ¡y a mí en coronel de la Guardia! Pero si algo falla,

nos cortarán la cabeza a todos, no lo dudéis. ¡En marcha, y sin perder tiempo! Dejad ahí corazas y todo eso. No haría sino producir ruido y delatarnos. No vamos a desfile alguno, sabedlo bien.

Con su grupo de una docena de hombres armados, en sigilosa marcha, se encaminaron a 'la manzana inmediata. En vez de seguir calle adelante, subieron a una azotea de un edificio de mercaderes. Desde allí, pasaron fácilmente a otra azotea. Y de ésta a las cercas de los huertos del templo del hermano Tongar.

—Ya hemos llegado —silabeó—. Mirad el huerto, cautelosamente.

Miraron todos, asomando tras las hiedras y árboles de la cerca. Todos pudieron ver, conversando apaciblemente, al religioso y al atlético, rubio gigante llamado Aquilán. Una especie de temor supersticioso agitó a todos los soldados, que miraron preocupados a su jefe.

—Es Aquilán —dijo uno de ellos, inquieto.

—Infiernos, claro que es Aquilán. Y es nuestro, muchachos. Vamos a matarle o a capturarlo vivo si es posible. El rey nos llenará de riquezas por ello. Será el fin de una leyenda,

—Dicen que es invencible —replicó otro—. Los dioses le protegen...

—¡Estupideces! —se enfureció el capitán Ikko con voz sorda—. Vamos, preparaos. Saltad a tiempo desde aquí. Rodead al gigante rubio, y evitad que tome su arma, la que dejó sobre ese banco de piedra... Si intenta algo, atravesadle sin vacilar. ¡Adelante!

Saltaron súbitamente todos al patio. Sorprendieron a los dos conversadores.

Aquilán emitió un rugido y saltó hacia su arma. Empeño inútil. Había seis hombre entre él y el espadón. Otros varios cercaban ya al hermano Tongar para que no ayudara. El capitán Ikko avanzó, con su espadón en ristre, amenazando a Aquilán:

—¡Entrégate y se te respetará la vida! Intenta algo... y morirás por mis hombres.

Aquilán vaciló, con ojos llameantes de ira. Estaba furioso consigo mismo, por haberse dejado sorprender. Miró a los soldados. Sus espadas rozaban su torso titánico, a punto todas de perforarle apenas

les diera motivo para ello.

—Está bien —admitió—. Me rindo.

Ikko pestañeó, incrédulo. Sabiendo que terminaría ajusticiado, Aquilán se entregaba con mucha facilidad. Claro que tampoco tenía salida posible...

Alzó sus brazos, manojos de fibras, tendones y músculos bajo la capa dorada de su piel de bronce palpitante. Era una señal clara de rendición.

Los soldados se confiaron. Eso les fue fatal.

Súbitamente, el guerrero de cabellos de oro reaccionó salvajemente. Cayeron sus manos macizas, formidables. Dos cráneos resultaron hendididos, y dos espadas saltaron por los aires, rasgando ligeramente su piel y haciendo brotar gotas de sangre.

Aquilán aferró al vuelo una de las espadas, y la volteó terroríficamente, describiendo un círculo en torno. Hasta tres soldados saltaron, mutilados sus cuerpos por el mazazo del acero afilado.

Los demás aullaron, precipitándose sobre él. Chocaron los aceros, ante el horror del hermano Tongar, mudo testigo de la violenta escena en el huerto.

Los soldados parecían peleles. La espada de Aquilán les hacía ir contra los muros, con ojos formidables o mutilaciones irremediables. Los claros fueron pronto espantosos en las filas de Ikko, el capitán ambicioso de la guardia real. Cuando quiso gritar, llamando la atención de alguien del exterior, se encontró repentinamente con Aquilán ante sí.

Su grupo de soldados aparecía muerto, desarmado, herido, huyendo maltrechos. Aquilán miró fieramente al oficial helado.

—Eres un enemigo de mi pueblo —silabeó—. Pero si te rindes, perdonaré tu vida, y yo sí cumplo mi palabra, oficial.

—Sí... Me rindo —jadeó el otro, tirando su arma.

—Bien —Aquilán sonrió, volviéndose a Tongar—. ¿Lo ves, hermano? Todo resuelto...

—¡Cuidado! —avisó Tongar bruscamente, alzando una mano.

Ikko ya había recuperado su espada y se disponía a herir a traición a Aquilán. El joven guerrero se revolvió en un instante. Le atravesó de lado a lado, limpiamente. Con el estupor de la muerte en su helado rostro, Ikko besó el suelo.

—Gracias, hermano —musitó el guerrero—. Pero nunca me fié de él. Ya esperaba algo así. No se puede ser generoso con los sanguinarios... ni con los estúpidos. Ahora, debo buscar las armas de la invulnerabilidad, hermano Tongar —dijo después—. Las armas que pueden darme la fuerza que necesito para vencer al tirano... estén donde estén esos medios de lucha.

—¿Y... qué armas son ésas, hijo? —quiso saber con acento preocupado el hermano Tongar.

—La Espada Flamígera... y el Escudo de Azur —replicó fríamente Aquilán.

—Imposible, Aquilán —dijo Tongar—. Son armas en poder de hombres temibles, de gente poderosa y cruel... Nunca lograrías alcanzarlas. Y menos aún poseerlas...

—Lo veremos —sonrió lleno de confianza y energía el rubio y poderoso Aquilán—. De momento, hermanos, debo dejaros. Abandonaré esta misma noche Puerto Helium, a bordo de una embarcación mercante, rumbo a otras tierras donde buscar la primera de las armas codiciadas: Escudo de Azur...

Y el monje, pese a que iba a replicar vivamente de nuevo, tratando de disuadir al joven luchador de semejante idea, enmudeció de repente, como convencido de que eso jamás sería posible ya. Porque Aquilán, el joven Aquilán, supuesto hijo de dioses, única fe y esperanza del pueblo enigmo, había tomado una decisión.

Una decisión que ninguno de ellos se veía capaz de quebrantar...

Así, esa misma noche, en Puerto Helium, cerca de los muelles donde las embarcaciones desplegaban majestuosamente sus grandes velas...

Era un figón miserable y sucio, pero bastante amplio y frecuentado, en la zona portuaria más infecta y populosa de todo Puerto Helium.

La patrulla de soldados hélides, acababan de pasar, haciendo sonar sus sandalias de recia piel claveteada, mientras sus cascos y espadas chocaban en el silencio de las torvas callejas malolientes, a las que asomaban sus ventanas las viviendas miserables y los lupanares de la más baja condición.

Dentro del figón, una danzarina tejía con sus piernas bronceadas los arabescos de un baile lúbrico, sobre las mesas, entre bramidos de los mercaderes, marinos y soldados que, mezclados con la gente de mal vivir de los barrios extremos, formaban la clientela de semejantes lugares.

Afuera, en la calle sombría, el vehículo suntuoso aparó, moviéndose cadencioso, camino de alguna parte más señorial, sin duda extraviados sus conductores según todas las apariencias.

En la sombra, personajes vestidos de oscuro, con caperuzas en el rostro y armas en las manos, esperaban el momento del paso del vehículo, como seguros de que ello sucedería no tardando mucho.

—Cuidado —avisó la voz ronca de uno de los mercenarios, emboscados—. Recordad que todo es fingido, pero debe parecer real. Esta zona está dominada por los enemigos de Hélide, y los enigios saldrán en defensa de cualquier persona atacada por miembros de la Guardia Extranjera, en cuanto vean que pueden protegerla sin comprometer su cuello. Eso se espera de nosotros. Si actúan, no persigáis con demasiado énfasis a los defensores de la dama..¡ Son las órdenes. Pero, sobre todo, evitad que sufra daño alguno esa mujer... En cuanto a los demás, importa poco. ¡Cortad cabezas, aunque sean de hombres fieles a Hélide! La misión bien merece algunas pérdidas irremediables... ¡Vamos, ya!

Y justo cuando la comitiva desfilaba ante ellos, los encapuchados y siniestros legionarios de la Guardia Extranjera, conocidos y odiados en toda Enigia, saltaron de sus escondrijos, precipitándose sobre el carruaje suntuoso, al grito de:

—¡Traición, traición! ¡Capturad a la dama! ¡Es una espía al servicio de los rebeldes enemigos de Hélide...!

La escolta ramada de la dama, parecía tener orden concreta de defender a sangre y fuego la viajera, bien ignorantes del complot tramado. Y la lucha se generalizó, brutal y devastadora.

Cayeron los sables sobre las corazas. Entrechocaron los aceros, despidiendo chispas de virulencia, las hojas afiladas desgarraron la carne o trituraron los huesos de los combatientes de ambos bandos, y cuando salían de las profundas heridas, como si el cuerpo humano fuese blanda mantequilla fácil de penetrar, lo hacían tintas en sangre. Sangre que también corría por las callejas, por sus vertederos laterales, entre orines, suciedad y aguas residuales de fuerte hedor, como regueros escarlata, que irían a morir en las turbias aguas del puerto.

Los alaridos, las expresiones y los quejidos, formaban una horrenda sinfonía de dolor y de muerte, que sólo la propia furia de ambos bandos combatientes era capaz de superar, entre feroces esfuerzos por superar al enemigo, abatiéndole. Alguna cabeza saltó con violencia, dejando tras de sí las carótidas vomitando chorros de sangre al aire, hasta salpicar incluso los húmedos muros las ricas telas del carruaje señorial sorprendido por el ataque.

La voz de la mujer se elevó en medio del caos reinante, con acento de desesperada súplica:

—¡A mí, a mí, por los dioses! ¡Defended a una pobre mujer que sólo ha cometido el delito de amar profundamente a Enigia, a una Enigia libre y sin extranjeros en su suelo...!

Sus gritos parecían clamar en un desierto, porque sólo sus ya escasos protectores defendían el último reducto de su carruaje, vencidos en apariencia por la masa adversaria que los arrollaba en un baño de sangre.

Unos ojos profundos, centelleantes y duros, de helado matiz azul de acero, tan cortante y afilado como las armas de los contendientes, contempló la última parte de la lucha desde las tinieblas cercanas. Unas manos macizas, nervudas, de auténtico titán, de recias muñecas oprimidas por brazaletes de metal y pedrería, se cercaron en torno a un mandoble poderoso y gigantesco, de doble filo y aguda punta. Un arma capaz de aplastar incluso piedras, si era manejada con la natural fuerza y furor que precisaba semejante coloso de acero.

Y así fue.

Nunca unas manos combatientes, a juicio de los atónitos testigos

de la pugna, alcanzaron poder ni contundencia semejantes. Fue una sola figura, de revoloteante capa, negra como la noche en su aterciopelado exterior, de azul del cielo astral en su forro sedoso interior la que se enfrentó a la horda de encapuchados sombríos, hasta ese momento vencedora inapelable, triunfante sobre un informe montón de hierros, aceros y cuerpos triturados a mandobles.

¡Hijos de perra, dejad a la mujer que siga su camino, y nadie ataque a las hijas nobles de Enigia, mientras exista en esta tierra un solo hombre libre, digno de tal nombre! —rugió un vozarrón poderoso, de magnéticas Inflexiones, mientras un destello de acero fulminante hendía las sombras, pareciendo rasgar la noche con chispazos de cólera y de furor.

Resultó increíble y espantosa la intervención del hombre de voz potente y acero demoledor. Minerva de Iledia, medio asomada entre las sedas ensangrentadas, testigo frío e indiferente de la escena atroz que provocaba para su ficción, contempló atónita, alucinada, la presencia de aquel titán increíble, capaz por sí solo de barrer, con la furia de su brazo, y la capacidad de su espada, todo un cerco de hombres en derredor.

Cabezas, piernas y brazos, segados limpiamente en aquel torbellino giratorio de acero, saltaban contra los muros y sonaban sordamente en el empedrado oscuro. Alguien gritó, no se sabía dónde.

—¡Ese hombre...! ¡Por fuerza ha de ser el Hijo de los Dioses, o su brazo no llegaría a tal extremo!

Y la voz de él, en medio del fragor de la batalla, desigual e increíble, sonó estruendosa al tiempo que eludía el mazazo de un adversario, para luego fintar y atacar, hendiendo en dos una cabeza velluda, lo mismo que si fuese un fruto maduro reventado de un solo golpe:

—¡Sí, soy Aquilón, hijo de dioses y defensor de ¡a libertad de Enigia y de todos los hombres de Vultar! ¡Luchad por vuestra libertad también vosotros, y nunca habrá nada que temer!

Un grupo de soldados emergió por una esquina, atraído por el ruido de la lucha. Hubo un colectivo rugido de furia entre los rufianes del suburbio y los ladrones y pillos de los muelles.

Todos, como un solo hombre, se precipitaron sobre el grupo de soldados, enfrentándose con porras y dagas a las espadas de la escuadra. La lucha se generalizó en las calles, a los gritos de:

«¡Libertad para Enigia! ¡Libertad, en nombre del Hijo de los Dioses!»

Y, entretanto, Aquilán abatía a su último adversario y, saltando sobre el torrente de sangre que discurría entre los mutilados cuerpos humanos, alcanzaba el carruaje inmovilizado, cuyos animales de tiro yacían sin vida, decapitados por las espadas agresoras, y alzando las sedas de sus cortinajes, se enfrentaba a la mujer que, con grandes ojos de asustada expresión, contempló al guerrero vencedor.

Por un momento, la hermosura altiva de la mujer al servicio de Hélide y la virilidad nervuda y musculosadel luchador, parecieron chocar en un impacto silencioso. Se midieron mutuamente con los ojos.

Y ella musitó, quebrada su voz por la emoción aparente que le producía ser salvada de una suerte atroz:

—Guerrero poderoso. . Estaba segura de que iba a ser salvada por algún bravo enigio, amante de su libertad, pero nunca por alguien como vos. ¿Quién sois, de dónde venís, y cómo la sola fuerza de vuestro brazo pudo abatir a tantos hombres capaces de matar?

—Mi emblema es el águila bicéfala de Enigia libre, señora, y estoy siempre al servicio de mi pueblo, de mi gente, y de cualquier dama oprimida...

—Os lo agradezco —musitó ella, dejándose alzar por uno solo de los brazos de aquel coloso de fríos ojos glaciales, y aferrándose con sus manos a los hombros donde los músculos eran como manojos de cables de acero enroscándose bajo la piel oscura, de un dorado de bronce firme y estremecido, que el sudor humedecía levemente—. Mi nombre es Minerva de Iledia, y esos salvajes querían quizá raptarme o asesinar me, para de ese modo privar al que todos llaman Hijo de los Dioses, de una leal colaboradora que ofrenda su vida a su entero servicio, mi bravo guerrero.

—El Hijo de los Dioses, según muchos, es un mito -replicó Aquilán, con ojos fulgurantes y helada sonrisa.

—No para mí. Estoy segura de que existe en alguna parte, oculto a los tiránicos soldados de Hélide y a la búsqueda que el perverso general Zeón hace constantemente, para tratar de descubrir dónde termina la leyenda y empieza la realidad que debe libertar a ese pueblo oprimido.

—Señora, vuestras palabras me confortan —sonrió ladinamente

Aquilán, sin dejar de contemplarla—. Puesto que tal es vuestra lealtad y vuestra fe hacia ese Hijo de los Dioses que citáis, venid conmigo ahora.

—¿Cómo? —tembló, emocionada, la voz de la dama, ni tiempo que sus ojos brillaban como brasas, ante la posibilidad de un éxito tan rápido en sus taimados planes—. ¿Acaso seréis capaz de... de llevarme hasta donde él se halla?

—Estad segura de que sí, mi señora —suspiró con energía Aquilán—. Siempre que estéis dispuesta a venir, por supuesto.

—Soy vuestra más rendida amiga y agradecida sierva —murmuró Minerva de Iledia suavemente, apoyando sus labios ardientes en el pecho del guerrero. Sus uñas arañaban la tez del hombre, sin que despertara en él su previsto escalofrío de emoción y deseos. Ella estaba habituada a despertar en los hombres tales apetitos fácilmente. Aquel soldado de aspecto magnífico, parecía totalmente impermeable a sus encantos de mujer. Ella susurró—: Llevadme hasta él. O hasta donde os plazca. Os debo la vida. Y, tal vez, llegue un día a deberos la felicidad, mi noble Aquilán.

—Es posible, mi señora —sonrió él, malicioso, cargando con ella como si fuese una pluma su cuerpo alto y esbelto, de suaves formas—. No hay tiempo que perder. Las calles hierven de patrullas de soldados hélidos, y este lugar apesta a muerte y a sangre. Nada de eso es para vos, estoy seguro. Os llevaré adonde estéis a salvo de todos, y donde podáis veros cara a cara con el Hijo de los Dioses...

Echó a correr calle abajo, con ella en sus brazos. Ya era tiempo. Patrullas de soldadesca enemiga asomaban por doquier. Los rufianes del barrio peleaban a brazo partido aún, pero pronto tendrían que huir, buscando refugio en las tinieblas de aquel dédalo de tortuosas callejuelas portuarias, ente tan crecido número de enemigos armados.

Pero para entonces, Aquilán estaba ya con su nueva amiga... justo frente a uno de los muelles de Puerto Helium. En él mecíase altivo un navío de rojas velas desplegadas, a punto de partir.

Hombres barbudos, de centelleantes ojos negros y fulgurantes alfanjes en las manos, esperaban a bordo. Aquilán agitó su brazo armado, en señal de salutación.

—¡Vamos, saltad a bordo! —voceó alguien, desde cubierta—. ¡No podemos prolongar más nuestra estancia aquí! ¡Debemos partir lo antes posible, guerrero!

Aquilán asintió. Repentinamente asustada, Minerva de Iledia observó que, sin ser descendida del férreo brazo del luchador, éste se disponía a saltar, sin pasarela alguna, desde el muelle al barco, salvando la distancia entre suelo y cubierta por encima de las sucias aguas.

—¿Qué pretendéis? —jadeó ella—. ¡No deseo subir a. barco alguno, soltadme!

Entonces, Aquilán soltó una carcajada, y su musculoso brazo se hizo dogal implacable para su presa.

—Escuchadme, mi señora —dijo fríamente—. Queríais ir adonde estuviera el Hijo de los Dioses, ¿no es cierto? Pues bien: sabed que sólo a bordo de ese navío le hallaréis. ¿Aún deseáis que os suelte en tierra y me marche yo solo?

- ¡Sí, sí! —gritó, angustiada—. ¡Favor, a mí! ¡Soldados! ¡No quiero abandonar Enigia en ese barco! ¡Liberadme de este bárbaro!

Algunos soldados que aparecían tras ellos, se dispusieron a correr en pos del gigantesco luchador, enarbolando sus armas. Pero su carrera a través de los muelles era inútil por completo.

Aquilán saltó a cubierta con su presa. Pese a cuanto ella forcejeó y luchó por evitarlo, ambos rodaron por cubierta, entre las risotadas de los marineros. Muchos de estos, asomándose a la borda, plantaron cara a los soldados de Hélide, dispararon flechas o dagas que abatieron a algunos de sus miembros y provocaron la huida de otros.

—¡Maldito salvaje! —gritó ella, forcejeando, tratando en vano de clavar sus uñas en el rostro de Aquilán—. ¡Yo no deseo esto, no quiero estar a bordo! ¡Devolvedme a tierra, bribón!

—Antes me llamabais salvador y héroe, y ahora me Insultáis —rió duramente Aquilán, incorporándose y contemplándola tendida a sus pies, sobre las tablas de la cubierta—. Bien, mi señora. Me alegra ver que mostráis al fin vuestro verdadero rostro, y no el ficticio que adoptasteis para ganaros la simpatía y confianza de los enigios, con la sangrienta farsa de esta noche. Vuestros mercenarios y siervos no pudieron engañarme en ningún momento Yo sabía que todo era falso.

—¿Vos... vos decís que todo era...?

—Falso, hermosa y embustera dama. Vuestras artimañas en el

templo no dieron resultado, y pensasteis utilizar otros procedimientos para llegar hasta mí, ¿noes cierto?

—Vos... ¡vos sois...! —sus ojos se dilataron, sin que llegara a incorporarse de la cubierta donde yacía, desgarrada su lujosa ropa hasta el largo y tibio muslo.

—Sí. Yo soy —dijo duramente él—. Yo mismo, señora. Esta tarde, en el templo, fingía ser el viejo monje Tongar. Ahora, soy justamente el que tanto deseabais conocer: Aquilán, nacido una noche, a la luz de una piedra caída del cielo. Enviado de los dioses, según los que aún creen en la libertad de Enigia.

—¡Vos! Aquilán... Hijo de Dioses... —susurró ella, entre estremecida de gozo y de inquietudes. Luego, rápida, se incorporó, mirando al cerco de barbudos marineros, a quienes arengó, agitando sus brazos—. ¿No oísteis, todos? ¡Este hombre confesó ser Aquilán, Hijo de Dioses! ¡Es un traidor, un rebelde con la cabeza a precio! ¡Zeón y el Gobierno de Hélide os recompensará con creces si lo entregáis a los soldados! ¡Pero os hará caer la cabeza si os ponéis de su lado, ayudándole a huir!

Una carcajada general acogió el grito de la mujer. Asustada, Minerva contempló a los marinos, en tanto la embarcación se alejaba del puerto enigmo en la noche, adentrándose rápidamente en las oscuridades del mar tenebroso.

—¿Qué... qué significa esta actitud? —murmuró—. Soy una ciudadana de Hélide. Soy importante, rica, poderosa, con amigos influyentes... ¡Puedo haceros condenar a todos, si osáis servir a este hombre! ¡Eso es traición, y se paga con la muerte bajo el hacha del verdugo!

Las risas se repitieron en derredor suyo. Al final, uno de los marinos, el más alto, moreno y velludo de todos, se adelantó, con amplia sonrisa, poniéndose en jarras y mirando despectivo a la dama.

—Escuchad, señora, y no perdáis lastimosamente vuestro tiempo y energías —dijo con voz ruda—. Aquilán es un buen amigo. Y es un ídolo para todos nosotros. Yo, Sigrod el mercader, no recibo a bordo órdenes ni indicaciones de nadie. Sólo mi noble amigo Aquilón podría hacerlo, en la seguridad de ser escuchado. Hemos viajado muchas veces juntos antes de ahora, cuando todo el mundo, en Enigia y fuera de ella, ignoraba la existencia real del Hijo de los Dioses, y él era sólo un muchacho aprendiendo a ser hombre. De modo que estáis

hablando en vano. Él os ha traído a bordo, y ahora sois su prisionera. Y estad segura de que entonces jamás volveríais viva a Enigia para hacernos decapitar. ¿Está eso bien claro?

Angustiada, lívida, Minerva de Iledia comprendió que su estratagema había dado pésimos resultados.

Y que todo cuanto planeara, se había ido a pique. Ahora, era solamente una mujer, cautiva del hombre a quien pensó desenmascarar y hacer preso. Y no sólo eso, sino que un mercader, con apariencia de pirata, la amenazaba todavía con peor suerte que ser la prisionera de Aquilán.

Los marinos se dispersaban ya por la cubierta, para dedicarse a sus ocupaciones de a bordo, riendo con lo sucedido. Minerva de Iledia se mordió el labio inferior, dejándose caer de rodillas contra la borda. Miró angustiada hacia la ya lejana orilla, y rompió en amargos sollozos de derrota.

Aquilán se acercó a ella y la contempló ceñudo. No trató de rozarla con sus fuertes manos.

—Señora, no adelantaréis nada de este modo. Es mejor que aceptéis mi hospitalidad e, a bordo de la nave de mi amigo, y el camarote que me fue destinado a mí lo ocupéis vos.

—¿Y... y vos, Aquilán? —le tembló la voz, pensando un lo peor. Que a fin de cuentas, no le parecía tan terrible como verse cautiva. Pero que hería su orgullo indómito, por lo que podía tener de violencia y de humillación, verse a merced de aquel hombre, como su Himple esclava y concubina forzosa. Estaba bien segura de que en la feroz tripulación, no hallaría sino personas dispuestas a reducirla, si intentaba oponerse a los, deseos de su raptor.

—No temáis nada —sonrió ceñudo Aquilán—. No acostumbro a tomar por la fuerza aquello que no me es ofrecido de buen grado. Estáis a salvo a mi lado, señora. Ninguno de los hombres de este barco intentará haceros daño. Os lo prometo. Dormid tranquila. Yo velaré junto al camarote, a la espera del nuevo día.

La cautiva sintió una rara y repentina serenidad, la seguridad firme de que él decía la verdad y nada tendría ella que temer. Dócil, ahogando sus últimos sollozos, caminó detrás de Aquilán, hacia el camarote correspondiente, en la popa del navío mercante enfilado hacia el interior del océano Olympus, acaso rumbo a las islas Perdidas o al archipiélago de las islas Mohr.

CAPÍTULO III

CALAVERA CORSARIA

“Mares infestados de piratas... Y, por otro lado, extraños monstruos marinos y bestias traídas de tierras remotas...

"Pero nadie combate todo eso, porque los misterios de los mares de Vultar, asustan a los más valientes..."

(De las Crónicas Viajeras de Vultar, que forman parte del *Libro del Mar*.)

Caía la tarde en cubierta. La mar se volvía rizosa y cris bajo la nave.

—No me gusta eso... —musitó Sigrod, preocupado, mirando a la superficie de las aguas.

—¿Acaso un temporal en perspectiva? —preguntó Aquilán, sonriente.

—No. Algo peor. Dicen algunos marinos que, cuando las aguas se rizan así al oscurecer, las fuerzas del Mal están emergiendo a la superficie...

—¡Bah! Paparruchas de supersticiosos, Sigrod. No creo en esas cosas. Los mares están llenos de raras leyendas...

—Aquilán, no todo son leyendas en estas aguas, ni...

Ocurrió súbitamente. Aquilán clavó sus ojos a espaldas de Sigrod.

—¡Cuidado! —aulló.

Y rápido, desenvainó su formidable espada, apartando de golpe al marino. Ya era tiempo. El monstruo venía por el aire, directo hacia

Sigrod. Ahora se enfrentó a Aquilán. Este le disparó un formidable tajo. Lo partió en dos, sin que llegara a descender.

Una especie de escalofriante grito humano partió de la bestia cortada de un tajo, mientras sus partes aleteaban en cubierta, derramando una sangre pastosa y amoratada.

—Oh, Dioses... —gimió Sigrod palideciendo—. ¡Un pez-humano!

Aquilán no respondió. Estaba contemplando, estremecido de horror, la criatura atroz que mutilara de un tajo. Sigrod tenía razón.

Un cuerpo plano, de pez, escamoso y con aletas extendidas. Rostro feroz... *humano*. Color azulado, del tamaño de cualquier pescado normal... pero dotado de una cara humanoide, monstruosamente pequeña para lo grande de su boca dentada. Y con manos y pies, en vez de cola escamosa.

La rara criatura volaba, impulsada por sus membranosas aletas del dorso. Y no había venido sola.

¡Una nube de docenas y docenas, acaso centenares de peces-humanos, caía ya sobre el barco, surgiendo devastadores de las grises aguas picadas!

Los marinos, aterrorizados, huían de aquella colectividad monstruosa de peces-humanos a los que sólo Aquilán se enfrentó bravamente, sintiendo correr por su piel el sudor del miedo a lo desconocido...

Tajos y tajos... Mutilaciones horrendas. Diminutas piernas cortas y manos humanas, del tamaño de las de un pigmeo, coloración azul escamosa... Y los rostros, los horripilantes rostros ovoides, de ojos dilatados, boca feroz, dentada, que parecía chillar y reír cruelmente.

Docenas de crueles dentelladas habían hecho presa en la carne maciza y musculosa de Aquilán. Su cuerpo sangraba copiosamente por mil heridas diminutas y profundas. Rabiosamente, el cerco de su espada bañaba en sangre violácea la cubierta, salpicada de docenas y docenas de peces-humanos voladores, cortados en dos o tres tajos que se agitaban en la agonía.

Finalmente, Aquilán retrocedía ante la masa alada que provenía de las aguas... hasta que Sigrod y los demás marinos, envalentonados por su acción, saltaron a la cubierta. Cubos de combustible inflamado fueron arrojados sobre la nube voladora. Los monstruos

chisporrotearon en el aire, antes de que el combustible, ardiendo, cayera sobre la superficie gris de las aguas.

—¡Bravo, Sigrod! —aprobó Aquilán—, ¡Eso impedirá que surjan más! ¡Ayudadme a acabar con los que quedan!

Ciertamente, la idea del marino fue providencial. Los monstruos no salían ya, frenados por la ancha mancha de aceite candente que cubría la superficie del mar, extendiéndose más y más. Cientos de peces-humanos, triturados a golpes de cuchillo, arpón o espada, fueron besando la cubierta.

Cuando el último de ellos chilló casi humanamente, cayendo roto a pies de Aquilán, este jadeó, contemplando el horror viviente que acababa de aniquilar.

—Por los dioses... ¿Cuánto misterio encierra las tierras y los mares?

—Es hermosa, ¿verdad, Aquilán?

—¿Hermosa? ¿Ella? —él miró distraído atrás, donde ya no estaba Minerva de Iledia—. Oh, entiendo. Sí, es hermosa. Pero pérfida como un reptil, Sigrod.

El mercader rió de buen grado. Al recordar el cuerpo de la mujer, sus ojos brillaban.

—Todas las mujeres son iguales. Algún día lo descubrirás, Aquilán. No te fíes de ninguna. Pero esa mujer, siendo enemiga tuya... podrías someterla, hacerla tu concubina, le gustase o no.

—Sería indigno de un hombre de conciencia, Sigrod —rechazó él—. No resultaría demasiado noble iniciar mi senda guerrera violando mujeres contra su voluntad, ¿no crees?

—Bah, eres un idealista. No te entiendo.

—No importa —sonrió Aquilán. De repente, captó un raro temblor bajo sus pies, y algo parecido a un gruñido sibilante se extendió por la cubierta, en tono muy bajo y profundo.

Aquilán miró a las tablas de cubierta. No era la primera vez que captaba aquel mismo fenómeno. Ya la noche antes lo observó, y estuvo tentado de preguntar qué lo producía. Ahora, ante Sigrod, hizo la pregunta, curiosamente:

—¿Qué ha sido eso, Sigrod?

Observó que el mercader dudaba. Parecía inquieto, preocupado por algo. Con un encogimiento de hombros, declaró:

—Bueno, ahí abajo está la carga. La llevo a Urbis, ciudad costera de Surama, al sur del río Austral de la frontera meridional de Héliide... Es para un rico mercader de allá. Pero lo cierto es que no me gusta demasiado tal clase de carga...

—¿Carga? —dudó Aquilán—. Juraría que se mueve... y emite sonidos.

—Es que... se *mueve* —farfulló entre dientes el marino—, Eso es lo que no me gusta. Yo he transportado siempre otra clase de mercancías no seres vivos.

—S eres vivos — comentó Aquilán, frunciendo el ceño—. Eso resulta raro. ¿Qué clase de carga puede ser, para producir ese ruido? Además... en tan largo viaje, si son animales domésticos pueden perecer...

—No son animales domésticos. Es UN SOLO animal, Aquilán — resopló el marino.

—¿Uno solo? ¿Y ésa es toda tu carga en este viaje?

—Me pagan bien por él. No debo meterme en los asuntos de mis clientes, especialmente si son ricos y caprichosos. ¿Que quieren el traslado de un animal determinado, cueste lo que cueste? Pues bien; mientras yo cobre mi parte, encantado de hacer mi trabajo.

—Un animal... Sólo uno... —meneó la cabeza el guerrero enigmo, sorprendido cada vez más—. ¿Grande?

—Mucho, sí —el tono de Sigrod parecía evasivo, como si el tema no le gustara.

—¿Acaso es un rinóceros amarillo de Zambrya? ¿Un paquidermo escamoso de Helión, un gigantesco oso plateado de Glaciria, o...?

—No te esfuerces, Aquilán —negó rotundo el mercader—. No es nada de eso. Es mayor, mucho mayor. Y mucho más voraz también.

—Por los dioses, que no lo entiendo. ¿Existe algún animal mayor que los que yo he nombrado, Sigrod?

—No, y eso es lo malo. Que no sé siquiera la clase de monstruo que llevo a bordo. Sólo sé que hay abajo, en la bodega, una enorme caja en cuyo interior se rebulle y vive «algo» muy especial, destinado a un mercader de Urbis. Su apetito es tal, que llevamos una carga de animales muertos, para su solo alimento pero juraría que su apetito va en aumento, o esa carne no le satisface ya, porque sus movimientos y rugidos dentro de la caja, van siendo cada vez más frecuentes, en especial tras arrojarle alguna de las piezas para su alimentación.

—Pero cuando menos, tendrás alguna idea de su naturaleza, de su aspecto, de su clase...

—No, nada —suspiró Sigrod—. Ni el nombre del animal ni su origen, ni nada de nada en relación, con él, ¿entiendes? La caja es sólida, está bien cerrada, y supongo que no hay motivo alguno para temer por su presencia a bordo. Pero te aseguro que me sentiré mucho más feliz cuando deje en Urbis ese embalaje con la «cosa» que contiene sea lo que sea ello.

—Te creo —asintió Aquilán, preocupado—. Te creo, amigo mío. Y por cierto que si alguien más que tú se siente intrigado por ese ser, ese alguien soy yo...

* * *

La caja.

Era enorme. Rectangular, tan alta como cuatro hombres montados uno encima del otro. Ancha como un edificio. Sólida. Maciza.

La madera estaba reforzada con bandas metálicas muy fuertes. En su exterior, sólo una etiqueta en lengua enigía:

DESTINO: VULPO.

MERCANCIAS. URBIS, SURANIA

Aquilán apoyó su mano en la superficie hermética de la caja. Reflexionó sobre su misterioso contenido. No se le ocurría qué podía

haber allí dentro. Sus conocimientos sobre la fauna del planeta Vultar eran muy completos. Y no conocía animal viviente alguno que pudiera tener semejante volumen.

—Tal vez engañaron a Sigrod, y aquí dentro hay más de un solo animal —se dijo—. No tiene sentido, para un viaje por mar, utilizar un embalaje tan enorme, para un animal que, forzosamente, ha de ser mucho más pequeño...

Observó la trampa por la que debían introducir la comida dentro. Era angosta y de fuerte metal.

Le habían permitido bajar a examinar el misterioso embalaje. Los marineros al servicio de Sigrod tampoco estaban muy contentos con su extraña carga.

—Hay cosas que traen mala suerte —había mencionado uno de los marineros, al acompañar abajo a Aquilán—. No creo que este viaje termine bien, llevando «eso» a bordo...

—Pero, ¿tenéis alguna idea sobre lo que ello puede ser? —indagó Aquilán.

—Como no lo sepa Sigrod, aunque dice ignorarlo... Nosotros sólo sabemos que tiene un hambre voraz, que cuando arrojam los animales muertos por esa trampa, se agita dentro de la caja una masa enorme, y se perciben gruñidos que hielan la sangre... Luego, se puede escuchar cómo trituran a los animales muertos, y es como si cien mazos golpearan a la vez los huesos de las bestias... La verdad, Aquilán. Ni siquiera parece de este mundo.

«No parece de este mundo...»

Era una idea ridícula, pero, ciertamente, aquellas dimensiones no podían responder sino a animales de otros períodos anteriores a los glaciares del norte. Especies extinguidas en el planeta desde hacía millones de años.

Aquilán se interesó por alguien más que Vulpo, el mercader de Urbis, destinatario de tan inquietante envío. Fue al mismo marinero a quien formuló su pregunta, antes de quedarse solo con la «cosa» viviente encerrada en la gran caja:

—¿Quién es el remitente de ese envío, la persona que contrató los servicios de Sigrod y de su navío con semejante tarea?

El marinero puso un gesto sombrío al responder, evasivo:

—Nadie que me guste mencionar, Aquilán.

—¿Eso tiene sentido? —sonrió el joven guerrero.

—Para mí, sí. Y mucho. Hay hombres que me causan terror. Y uno de éstos es Makawaz...

—¿Makawaz, el mago? —se sorprendió Aquilán.

—Sí, a él me refiero. Makawaz es hombre de ciencias ocultas y misteriosas, de artes diabólicas, diría yo. Tal vez desea hacer un rico presente al mercader de Urbis... o pretende aniquilarle con un engendro de los mismos infiernos. La cosa que vive ahí dentro, no puede ser animal como cualquier otro. Juraría... que ni siquiera es un animal.

—Pero vive.

—Sí, vive... ¡y de qué modo! Cuando se mueve ahí dentro, cuando se agita hambriento, parece emitir un frío de muerte a través de las rendijas de la maldita caja...

Un frío de muerte. Pensativo, Aquilán contempló Ja gran caja una vez más. Le hubiera gustado experimentar esa sensación, para estar seguro de que el marinero fantaseaba, y todo aquello no podía ser cierto.

—¡Bah! —murmuró para sí—. Tonterías. La imaginación de los ignorantes no tiene límites jamás.

- golpeó, distraído, casi, divertido, la caja situada en la bodega, disponiéndose a salir de allí.

Inmediatamente sucedió algo. Y Aquilán supo que no era imaginación. Supo que algo espantoso y diabólico se ocultaba dentro de aquel recipiente.

* * *

El bramido ronco susurrante, hizo temblar el embalaje. Vibró todo el barco. Algo se agitó dentro, conmoviendo las paredes de la caja.

Al mismo tiempo, por cada rendija de la misma, como un hálito glacial, brotó un helado soplo que logró erizar los cabellos dorados de Aquilán, y puso escalofríos de horror y sorpresa en todo su cuerpo.

Fue tal la sensación de frío, que castañetearon sus dientes, y notó que sus dedos se le petrificaban, incapaces de moverse con facilidad, mientras los efluvios gélidos escapaban por doquier del interior, mezclados con el roce maligno de «algo» que adivinó monstruosamente grande, como constreñido dentro del embalaje, pese a las dimensiones inmensas de éste.

—¿Qué...? —masculló, echándose atrás, contemplando con ojos dilatados la caja misteriosa—, ¿Qué puede ser eso?

Por fortuna, ni el roce ni la expulsión de vaho helado se repitió, y Aquilán pudo recuperarse lentamente, agitar su cabeza, aturdido, antes de regresar a la cubierta del navío.

En ese preciso instante alguien gritó, no lejos de él:

—¡Navío a la vista! ¡Barco pirata!

Sobresaltado, el joven guerrero levantó sus ojos. Un momento después, su mirada se encontraba con la forma de una calavera blanca, pintada sobre fondo negro, allá en el velamen de la embarcación. No había error. Era un barco pirata. Lo peor, llegó después.

Sigrod acudió, pálido, a la borda. Se asomó, contemplando el barco lejano. Lanzó una imprecación.

—¡Los dioses nos asistan, Aquilán! —jadeó—. ¡Es Skult!

Skult, el pirata. Aquilán frunció el ceño, alarmado. Como todo el mundo, había oído hablar muchas veces de Skult.

El peor de los piratas de los océanos de Vultar. Un ser mitad hombre, mitad bestia. Un auténtico monstruo humano.

Deformado por una antigua batalla en los mares, se decía que un mago cirujano, en algún oculto lugar de Zorán, tierra de hechiceros y brujos diabólicos, le había hecho un injerto asombroso de miembros perdidos en la lucha, pero no disponiendo de seres vivientes cerca, de raza humana, apeló a animales que él poseía. Y de aquella cirugía mágica y oscura, brotó un nuevo ser que estremecía a cuantos podían verle, aunque todos ellos, hasta el momento, no habían llegado a vivir

para contar la clase de monstruo indescriptible que era aquel hombre con miembros de animales y cuyo rostro, velado por una caperuza plateada, con rostro de calavera, se decía que hubiera causado horror a la misma Muerte, de haberle ésta descubierto la faz.

Podía haber leyendas en ello, aunque se afirmaba que un superviviente febril, agonizante, evadido del navío pirata, llevó la historia a otros países, estremeciendo de horror a cuantos le escucharon. Desde entonces, la sola mención de Skult, con su distintivo de la calavera plateada en las velas totalmente negras, era mil veces peor que la de los propios demonios de las Tinieblas o la de los dioses del Mal y del Terror.

—Skult... —murmuró sombrío el guerrero enigmo, aunque sin revelar temor alguno en gesto y voz—. Habrá que proteger lo más posible a la mujer.

—Si Skult cae sobre este barco, no hay protección para nadie, Aquilán —se quejó Sigrod—, Sólo tenemos dos esperanzas: que no nos descubra y pase de largo... o que si nos vislumbra, podamos evadirnos por rapidez, dejando atrás su nave.

No pudo ser.

Skult descubrió la nave mercante. Y en cuanto a rapidez sobre el mar, ostensiblemente la nave pirata ganaba terreno por momentos, al iniciarse la persecución.

—Los dioses nos asistan —gimió Sigrod, lívido—. ¡Va a aniquilarnos! Y, lo que es peor, nos veremos cara a cara con... con un monstruo horrible, sin semejante alguno en todo el planeta...

—No me importaría enfrentarme a todos los horrores infernales, si salía con vida de ello, Sigrod. Es nuestra suerte la que debe preocuparnos, no el aspecto más o menos feo de ese temible corsario.

Pensativo, clavó sus ojos en la distancia, mientras Sigrod y los marineros se apresuraban a navegar con toda la rapidez de que sus remeros y velas eran posibles.

La calavera plateada estaba cada vez más próxima y más grande, en las enormes velas de tela negra. Eso era sintomático. No había evasión posible.

Aquilán se preparó para soportar el abordaje de la tripulación pirata, con su temido capitán a la cabeza. La actividad a bordo debía

de haber excitado al monstruo de la caja. Su bramido fue audible ahora, al tiempo que temblaba la cubierta.

El choque con los corsarios de la muerte, era ya cuestión de momentos. No había otra alternativa.

CAPÍTULO IV

EL MONSTRUO

“¿Quién puede decir que conoce ya todos los horrores del infierno, por mucha que sea su experiencia en contemplar atroces hechos de la Naturaleza?”

(De un estudio sobre las Artes Negras del Mal, escrito por autor anónimo en Zorán.)

Fue una matanza feroz, salvaje, que tiñó de rojo violento la cubierta del barco de mercaderes.

Aquilán no recordaba haber presenciado o leído relato alguno de más feroz y descarnada violencia. Sus ojos asombrados, mientras repartía mandobles por doquier, asistían a una implacable masacre, en la que la cubierta dejaba correr ríos de sangre hacia un mar repentinamente enrojecido, y los pies del joven guerrero pisoteaban una alfombra de cadáveres mutilados y destrozados por la furia brutal e inhumana de unos seres más próximos a las bestias que a los hombres.

A su cabeza, aquel hombre de caperuza con una calavera de plata, empuñaba en su mano enguantada un hacha de enormes proporciones, que segaba cabezas como una hoz podía segar espigas en una recolección. Un negro ropaje y un amplio manto de igual color sombrío, envolvían su figura, no permitiendo adivinar si era hombre o diablo, ser humano o animal salvaje. Sus hombres, todos ellos de feroz aspecto, cráneo rapado y músculos de acero, actuaban con una furia rayana en la demencia, e incluso cuando no tenían enemigo a quien atacar, se ensañaban con los muertos, mutilándolos como si fuesen buitres en un festín dantesco.

Asqueado, rabioso, enfebrecido ante tanta crueldad y virulencia, Aquilán cargaba implacable sobre los corsarios, aun a sabiendas de que éstos, ya diez o doce veces superiores en número a los diezmados

y no demasiado eficaces combatientes del navío mercante, terminarían arrollándoles despiadadamente, hasta la muerte final.

Era una forma oscura y triste de comenzar una carrera de armas y una vida llena de ilusiones de victoria, pensó amargamente el joven enigio. Apenas iniciada la primera aventura por la libertad de su tierra y por la de los hombres oprimidos de todo Vultar... Llegaba la muerte inexorable, a manos del ser terrible de la carátula de plata, y su feroz, deshumanizada tripulación de salvajes corsarios.

Poco a poco, los defensores del navío mercante fueron cayendo, en un caos de formas sangrantes. Aquilán se quedó solo, tras el tajo bestial del hacha de Skult, que se llevó por los aires la cabeza velluda del infortunado Sigrod, el mercader.

Finalmente, sólo Aquilán permaneció en pie, formando en torno un cerco de sangre y de cadáveres. La enorme espada describía tremendos semicírculos en torno, y el filo de acero se llevaba en cada uno de esos trazos una serie de cuerpos degollados o mutilados hasta lo irreconocible.

Un centenar de piratas le rodearon, dispuestos al asalto final. A espaldas de Aquilán, las puertas conducían al camarote donde Minerva de Iledia esperaba el inexorable fin...

Lamentaba no poderse enfrentar al odiado enemigo, el capitán del navío corsario. El centenar de piratas lo impedía con su muro humano erizado de aceros sangrantes.

Pero el ser de la caperuza plateada, parecía tener la mirada fija en él, como obsesionado por la resistencia sobrehumana de aquel solitario luchador cuyo cuerpo, lleno de cortes y heridas, goteando sangre por doquier, y salpicado por la de otros muchos cadáveres, resistía a pie firme, en un esfuerzo supremo, titánico, que tenía mucho de increíble.

—¡Alto! —rugió de repente la voz de Skult, sobreponiéndose al furioso entrechocar de los aceros—. ¡Deteneos todos!

Los piratas, sorprendidos y defraudados, dejaron de atacar. Miraron con odio incontenible a su único adversario, aún en pie y desafiante, pero se volvieron dóciles a la voz del amo, esperando su decisión sobre el enemigo superviviente.

Jadeante, espada en mano, Aquilán se quitó de un manotazo la sangre que manchaba su rostro, y contempló a su antagonista, a la

espera de su decisión final, que no podía ser otra que la disponer el modo de sacrificar al último y más duro de los adversarios.

—Ese hombre merecería el don de la vida, si no fuera porque juré hace muchos años terminar sin piedad con todo hombre que se me enfrentara arma en mano —habló el corsario Skult roncamente—. No puedo perdonarte, guerrero, pero admiro tu valor y tu capacidad en la lucha. Si quieres una muerte piadosa, tira la espada. Te prometo ser yo, personalmente, el que en sólo un instante termine contigo, sin dolor alguno. Si sigues luchando... mis hombres cuidarán de irtte mutilando con sus armas. Perderás tus brazos y piernas, serás un pelele sangrante, que se arrastrará por cubierta esperando la muerte... ¿Qué decides?

—Aquilán no se rinde —dijo el guerrero, con tono impetuoso, indómito—. ¡Ven personalmente a por mi vida, si eres capaz de ello!

El corsario recogió el reto. Su figura envuelta en negras ropas, saltó desde unas jarcias, hasta caer delante de él. Los corsarios abrieron fila, para dejar que se aproximara a Aquilán.

—Eso no reducirá tu agonía —amenazó el otro—. Vas a morir a mis manos. Nadie venció jamás a Skult, con un arma en la mano. Debiste comprender, antes de retarme, que aun siendo tan buen guerrero, el mejor que conocí jamás, eres demasiado poco para mí... ¡porque yo ni siquiera soy humano!

Y diciendo esto, soltó una carcajada, larga y agria, coreada malignamente por sus hombres. Luego, de súbito, se arrancó la caperuza plateada, y soltó de un tirón sus ropas negras, quedando desnudo su torso, brazos y piernas.

La visión del monstruo fue demasiado terrible incluso para Aquilán.

Y mientras lo contemplaba, alucinado, sin poder creer lo que veía, el monstruoso pirata Skult se precipitó a él, con un aullido de fiera sanguinaria, lanzando un hachazo mortal, devastador, contra la cabeza arrogante del joven enigio...

Skult era el primer hombre a quien Aquilán veía, fuera de los arcaicos grabados de brujería, que tuviera por cabeza un cráneo humano desprovisto de cabellos .. ¡y de cuero cabelludo, cejas, párpados, labios y nariz!

Todo eso convertía su horrenda cara lívida en una especie de máscara abominable, calavera monstruosa, con pellejos rugosos sobre las facciones macabras, de eterna sonrisa y ojos redondos y plácidos, que jamás podían cerrarse o pestañear.

La cara, con ser espantosa, no era nada al lado del resto de su figura. Manos engarfiadas de ave, con escamas y garras corvas, esgrimía el hacha con poderosa fuerza. Brazos escamosos, piernas con plumaje oscuro y viscosa piel blanda...

Fragmentos de animales monstruosos, injertados a un cuerpo humano informe. El resultado de tan alucinante cirugía mágica, era una forma estremecedora. terrorífica, capaz de helar la sangre en las venas.

Skult contaba con ese efecto de su espantable físico sobre cualquier enemigo, por mucho que fuese su temple, para de ese modo vencerle con toda facilidad, cuando al combatiente aún no había salido de su horrible estupor.

Esta vez, algo falló en la táctica del pirata. Su hacha encontró el vacío, silbando al hender el aire, y por contra, la formidable espada sangrante de Aquilán buscó su garganta, no encontrándola de puro milagro, gracias a la rapidez con que el capitán pirata se echó hacia atrás e impidió el tajo mortal.

Furioso, irritado contra su enemigo por verse en apuros, dejó de lado toda nobleza, y gritó a sus hombres:

—¡A mí! ¡Venid todos! ¡Acabad sin piedad con ese loco! ¡Es una orden de vuestro capitán! ¡Quiero verle despedazado sobre la cubierta!

El alud de piratas se precipitó sobre Aquilán, con auténtico júbilo asesino. Iban a disfrutar abatiéndole a golpes de acero, hasta hacer de su cuerpo un amasijo irreconocible.

Y Aquilán supo que no podía evitarlo. Aquello era el fin.

El monstruo de los mares, con su legión de piratas sin piedad, sería una vez más el vencedor. Y no habría supervivientes. Ni él ni

Minerva saldrían con vida de allí...

Allá abajo, en la bodega, acaso el olor de tanta sangre, olvidado de todos, hambriento sin duda, el monstruoso ser que viajaba en el embalaje, con destino a Urbis se agitó, con uno de sus susurrantes, siniestros gruñidos, y un temblor de maderas que los piratas no advirtieron, en el paroxismo de su sanguinario acoso.

Aquilán sí lo advirtió. Y una idea demencial y terrible, cruzó su mente...

* * *

Retrocedió rápidamente Aquilán, cambiando de posición, siempre dando la cara a los piratas y, salvando de un salto un montón de cadáveres, echó a correr, súbitamente hacia la escotilla que conducía a la bodega.

Los piratas, en tropel, aullando, corrieron en pos suyo, divertidos sin duda con este nuevo juego que no podía sino demorar en unos instantes su diversión predilecta, que era la de asesinar a todo ser viviente.

Por supuesto, era una idea totalmente desesperada, pero no había nada peor que la misma muerte, y ése era su destino final y el de la mujer helida, en tales circunstancias. De modo que valía la pena arriesgarlo todo a una sola y espantosa carta.

El monstruo encerrado en la bodega...

Se lanzó escaleras abajo, hasta las penumbras del lugar destinado a la carga del navío. Allí se detuvo, delante de la gran caja de madera reforzada. Contempló los precintos de recio metal, las fuertes tablas ensambladas, dentro de las cuales se movía «algo» enorme e indeterminado...

Recordó el tremendo vaho gélido que logró paralizar sus miembros y helar su cuerpo. Los piratas, agrupados, feroces ante él, no podían imaginar siquiera tal cosa. Miraban algunos hacia la gran caja, como preguntándose qué diablos contendría. Pero eso era todo. Por el momento, todo su interés estaba centrado en el enemigo escurridizo que tenían delante. No parecían dispuestos a permitir que

siguiera con su juego. Rodeaban la totalidad de la caja, en un cerco perfecto y siniestro, en torno a Aquilán.

Arriba, en la escalera, la sombría silueta del monstruoso híbrido de hombre y animal, con faz descarnada, esperaba gozoso, hacha en mano la mirada fija en su víctima.

—¡Matad! —aulló—. ¡Matad, pronto!

Los piratas avanzaron, resueltos, hacia el joven enigmo.

Este, rápido, tomó su espada. Había tomado por blanco una de las rendijas más amplias entre las maderas. Decidido, hincó allí su larga espada.

Sintió un escalofrío, una terrible sensación. Algo, un cuerpo fofo y gelatinoso, una materia blanda e informe, se vio hendida por la hoja de acero, hasta la empuñadura. Los piratas, sorprendidos, le veían hacer.

Aquilán extrajo fácilmente su espada. Con repugnancia, captó el espeso líquido viscoso, como sangre, pero de color verdoso, que goteaba de su acero al salir. Luego, rápido clavó de nuevo el arma en la caja.

Esta vez el bramido fue largo, terrible, estremecedor. La caja entera, pese a su volumen, se agitó como enloquecida. Aquilán sintió un frío terrible, helándole hasta los huesos. El aire pareció congelarse todo, y una expresión de terror sin límites asomó a los rostros de todos los piratas.

Entre bamboleos, la caja crujió amenazadoramente. Aquilán retrocedió, en tanto los piratas hacían lo propio, despavoridos, sin desviar su mirada de aquel envase...

Este, pese a su solidez, crujió de nuevo, ahora estrepitosamente. La forma herida, en su interior, poseía una fuerza de titán exasperada por el daño sufrido. De súbito con un chasquido estremecedor, la caja se partió en varios fragmentos... y la «cosa» surgió al fin, desbordando su envoltura, para mostrarse en toda su terrorífica presencia ante los piratas y ante el demudado Aquilán.

Un clamor de espanto acogió su presencia. Los piratas arrojaron sus armas, tratando de escapar, aterrorizados.

«Aquello» se precipitó sobre ellos. Skult pretendía en vano,

dominando su propio pavor, dar órdenes a sus hombres. Aquilán fue testigo de la más delirante y pavorosa escena que jamás presenciara hombre alguno en Vultar...

* * *

Era una materia viva, palpitante, nauseabunda.

Emitía radiaciones heladas, como si fuesen un generador de frío mortal. Al impulso de estas radiaciones, el corpachón todo vibraba, si es que aquella gelatina viviente, de color negruzco y verdoso, cubierta de un vello cristalino y pegajoso, de ojos salientes y rojizos con apariencia de globos saltones, era realmente un cuerpo.

Porque no poseía forma. Al salir de la caja, era una masa adiposa, redonda, y luego se estiró como un enorme gusano pegajoso, despidiendo por doquier una baba fosforescente y fétida, mezclada con el reguero de humor verde, pastoso, que fruía de los profundos cortes en su flanco. Una especie de membranas adhesivas, como ventosas, eran sus patas y sobre ellas se deslizaba, con un siseo siniestro.

Aquilán nunca supo que criaturas así existieran en Vultar o en cualquier otro planeta pero evidentemente, de algún remoto rincón había surgido, como ente infernal, capaz de destrozarlo todo al liberarse.

Cuando alcanzó a los piratas, cosa que sucedió arriba, en cubierta, fue espantoso. Comenzaron a adherirse a ella los cuerpos humanos, como si fuese un gran imán atrayendo clavos. Luego, los hombres aullaban, se retorcían, pegados a la masa blanda... ¡y se percibían chasquidos de huesos, volviéndose poco a poco aquellos cuerpos como simples masas sin esqueleto!

Luego, las formas flácidas, terminaban por hundirse paulatinamente entre el vello baboso, absorbidos por algo, acaso por ocultas bocas o succionadoras, que engullían uno a uno a los seres vivientes...

Skult fue lo bastante audaz para acercarse, con su cuerpo mitad de mezcla de animales monstruosos, y le descargó un hachazo tan brutal, que cercenó uno de los feos y globulares ojos de la bestia

alucinante.

De aquel miembro hendido, escapó un chorro fétido, que alcanzó a Skult, haciéndole chillar, como petrificado por el frío, y la materia apenas le tocó, se tornó como

goma líquida, se espesó rápidamente... ¡y aprehendió el cuerpo del pirata haciéndolo rodar por la cubierta, impotente!

Aquilán corría entretanto al camarote, sacando de él a Minerva de Iledia. Ella palideció intensamente, incrédula ante tanto horror. La sangre, la masacre toda, pasaban a segundo término ante el horror latente de aquellos dos monstruos enfrentados en feroz pugna a muerte: Skult, el monstruo de miembros de animales y cabeza descarnada, preso por los humores pegajosos de aquella «cosa» inmunda, a punto de ser engullido por el cuerpo ávido, succionante, contra el que pronto quedó adherido, como la mosca en una telaraña, empezando a chascar sus huesos implacablemente, en una agonía espantosa, que le hacía emitir alaridos angustiosos hasta su total deshuesamiento y posterior deglución por la bestia fofa e informe...

—Cielos, ¿qué... qué está sucediendo aquí? —gimió ella roncamente—. ¿Qué horrores son éstos, Aquilán?

Él le hizo un gesto de silencio y, rápidamente, mientras el barco todo se estremecía bajo la lucha dantesca, ya en su conclusión, saltó con ella al barco pirata, pegado al de los mercaderes.

Soltó los garfios de abordaje con rapidez y silencio, esperando que el monstruo vencedor, el contenido de la caja en la bodega, no advirtiera su presencia tras él. Cuando hubo logrado desprender al navío, el aire mismo hinchó las velas, alejándoles rápidamente del barco de mercaderes, en cuya cubierta, sorprendido por su ausencia, se quedó la bestia inmunda, desconocida, babeando su agonía, con el único ojo redondo clavado en el navío que se alejaba, en Aquilán y en su compañera de peripecia que muda de horror, asistía a la escena desde la cubierta del otro barco.

El monstruo no se sintió satisfecho y, con un bramido, trató de dar alcance a su nueva presa. Saltó la borda... ¡y cayó al mar con un sordo chapoteo! Minerva gritó, horrorizada, abrazándose a Aquilán, temiendo acaso lo peor.

—Cálmate —dijo roncamente el joven guerrero—.

Mira: ese monstruo pesa demasiado para flotar. Está herido, y no

parece capaz de sostenerse en la superficie .. por fortuna para todos.

Así era. El mar engulló aquella forma repugnante y asombrosa, en medio de un torbellino de agua espumeante, en la que se percibió un último mugido de la bestia informe, antes de irse a las profundidades.

Aquilán respiró con fuerza.

—Bien... —murmuró—. Creo que estamos a salvo de dos auténticos seres de pesadilla, amiga mía... Ahora, solos en este barco pirata... esperaremos que los vientos nos conduzcan a alguna parte donde la vida resulte algo menos agitada y podamos cuando menos olvidar esta horrible experiencia,

—No —dijo la voz a sus espaldas—. No viajáis solos.

Aquilán, con sorpresa, lanzó una imprecación y se volvió. Minerva, entre sus brazos musculosos, tembló de angustia y temor.

CAPÍTULO V

LA RUTA DE ROALUK KAHN

"Roaluk Kahn, rey y hechicero. Malvado y poderoso. Amo y señor del Escudo de Azur, que protegen sus poderes maléficos.

"Nadie penetró jamás en la Torre de los Muertos, donde guarda el Kahn sus tesoros." (De la carta escrita por Azed, príncipe de Moktia. país vecino de la siniestra Aurania, a su preceptor y amigo Abuladak.)

Nunca había visto criatura más hermosa ni exótica.

En Enigia, las mujeres eran morenas y atractivas. O delicadas y aristocráticas, como las llegadas de Hélide, cual era el caso de Minerva de Hedía.

Pero Aquilán, habituado a conocer a esas dos clases de hembras de diferente hermosura, jamás se había enfrentado a otra forma de belleza más insultante, agresiva y dotada de exótico encanto, como era el caso de aquella mujer increíble, erguida a espaldas de ellos, daga en mano.

—Por los dioses, ¿qué clase de criatura eres tú? —murmuró, deslumbrado, el joven guerrero enigio.

—Una mujer, ¿no lo ves? —dijo desdeñosa Minerva, contemplando con recelo a su compañera de sexo.

—Una mujer... Nunca vi otra semejante.

—Porque nunca viajaste lejos de Enigia —rechazó Minerva, contrariada.

—¿Enigia? —dijo la mujer del barco pirata—. Yo soy de los desiertos de Zambrya. Del Oasis de Zywa, cercano a Arburia, el país de los hombres alados... Nací muy lejos de estos lugares.

—Es evidente ello en tu aspecto, mujer —habló despacio Aquilán, mirando aquel cuerpo oscuro, del color de las hojas secas de las plantas aromáticas. Piel morena, muy oscura y bronceada. Formas potentes, de exuberancia que producía en el joven singulares escalofríos de turbación.

Sin apenas ropa, exhibiendo la grandiosidad espléndida de su cuerpo magnífico, turbador, la amplitud de sus caderas, la firmeza de sus recios muslos, la opulencia de unos pechos enhiestos... Pelo negro como la noche, azulado de reflejos. Y pieles rayadas, de félidos agresivos del desierto, para cubrir precariamente algo de su cuerpo turgente...

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó ella, desconfiada, enarbolando aún su daga—, ¿Dónde están los piratas?

—Son muchas preguntas, pero trataré de contestarte, mujer —habló Aquilán, avanzando hacia ella—. Mi nombre es Aquilán, y Minerva el de ella. Somos supervivientes del barco mercante que los piratas asaltaron. Unos y otros murieron en la lucha. Ahora, estamos solos. Dime, ¿quién eres tú?

—Mi. nombre es Kaoba —habló la hermosa morena, agitando su azulada melena—. Esclava y sierva de los piratas, que me tenían cautiva. Me robaron en un puerto donde traficaban conmigo como esclava... No perdí mucho en el cambio, pero tampoco gané. Ahora pensaba evadirme, si ellos no advertían mi fuga, en una canoa ya preparada para ello.

—¿Una canoa? —Aquilán frunció el ceño—. Es buena idea, Kaoba. Una canoa amplia, con alimentos y agua. Alcanzaremos la orilla, sin necesidad de tripular una embarcación tan grande como ésta. No podríamos hacerlo los tres solos. En cambio, la canoa nos llevará pronto a tierra, y podremos continuar viaje por el interior.

—¿Vas muy lejos, hermoso guerrero rubio? —preguntó ella, recorriendo admirativa con sus oscuros ojos el cuerpo atlético y arrogante del joven.

—Depende de donde ahora estemos, y de donde nos lleven las corrientes. Pero voy muy al interior, sí. A una tierra misteriosa y terrible, llamada Aurania.

—¿Aurania, la tierra de magos? —se estremeció Kaoba.

—La misma. ¿La conoces?

—Estuve una vez en ella, y escapé asustada. Allí reina un hombre maldito.

—Roaluk Kahn... sí, es un poderoso brujo que rige los destinos de ese pueblo. Un tirano que controla mágicos y siniestros poderes. En su poder está aquello que yo busco.

—¿Lo que buscas tú? —terció Minerva, intrigada—. ¿Qué es ello, Aquilán?

—El Escudo de Azur.

—¡El Escudo de Azur! La invulnerabilidad en la lucha... Un signo de poder y de victoria. ¿Eso es lo que andas buscando?

Kaoba, la exuberante hembra de oscura piel y formas espléndidas, se había acercado a Aquilán. Apoyó sus manos bronceas en el hombro de él. Apoyó la cabeza en el pecho, y besó con labios carnosos y húmedos las heridas de su tórax vigoroso. Minerva puso un gesto desabrido y hosco.

—No entiendo todo lo que dices, guerrero, pero me gustas. Y me gustan tus palabras y tu voz —dijo Kaoba—. Pídeme cuanto poseo, y te lo daré. Di que sea tuya, y lo seré gozosa. Soy tu esclava. Te serviré hasta morir.

—No me gustan los esclavos —replicó Aquilán, alzando la barbilla de la hermosísima y exótica joven—. Todo el mundo tiene derecho a ser libre. Tú también, Kaoba.

—Deseo seguirte...

—Sígueme. Eres una nueva compañera de viaje, pero eso es todo. No permitiré que me sirvas como esclava, Kaoba. Sólo como amiga... recuérdalo.

—Como tú me pidas, Aquilán —susurró ella, melosa, alzando los ojos hacia él—. Sé que no podré ya apartarme nunca más de ti. Sólo la muerte podrá alejarme de tu persona...

El joven enigmo acarició los cabellos de la joven de tez broncea. La proximidad del cuerpo turgente, transmitía a su propia epidermis un calor suave, estremecedor, que lograba embriagarle. La piel de la exótica muchacha poseía un peculiar aroma silvestre, como el de las plantas de una jungla misteriosa.

- supo, por vez primera en su vida, que así como había mujeres que le inspiraban respeto, devoción o ternura, aquella hembra indómita y ardiente le producía otras emociones diferentes, mucho menos concretas, más sutiles y apasionadas...

* * *

El litoral era sombrío y solitario.

Grandes acantilados de piedras negras, cortadas a pico, formaban un ceñudo perfil en la distancia, más allá de la zona de arenas grises y arbustos oscuros donde la canoa con víveres, agua y armas, les acababa de dejar, tras cuatro largos días de navegación por un océano que, afortunadamente, no mostró demasiada ira contra sus viajeros.

Sólo el día antes, las aguas se agitaron con vientos del norte, fríos y ásperos, produciéndose una leve borrasca que pasó pronto. Luego regresó la calma, y arribaron a tierra firme, en aquel lugar poco amable, de perfiles inquietantes y sombríos.

—¿Sabéis dónde nos hallamos? —se interesó Aquilán, al depositar la canoa en la arena, lejos del suave oleaje.

—No conozco la región —manifestó Minerva, que mantenía un hosco silencio desde que Kaoba se uniera a ellos en aquel viaje—. Pero dada su apariencia general, juraría que se trata del sur de mi propia tierra, Héliide.

—Si es así, estamos muy lejos de Aurania —suspiró Aquilán, pensativo.

—Sí, muy lejos —afirmó Minerva—. Haría falta cruzar todo mi país y Arburia, hasta arribar a la frontera meridional de Aurania, la Misteriosa. Es un viaje penoso y difícil. Sobre todo, para un enigma, Aquilán.

—Cierto —sonrió el joven guerrero—. Tus compatriotas podrían reconocerme y hacerme prisionero. Debo recordar que tú eres una héliida y, por añadidura, sirves al general Zeón, jefe militar de ocupación en Enigia. No te costaría mucho denunciarme a tus amigos.

—¿Sigues... sigues pensando que yo soy... una traidora?

—Lo fuiste, ¿no?

—Eso fue en otro momento. Te debo mucho, Aquilán. ¿Tan malvada me supones, como para traicionarte ahora como hubiera hecho entonces en Puerto Helium?

—¿Por qué habría de ser diferente? Te debes a tu gente, a tu pueblo. Somos distintos porque tenemos distintas ideas y convicciones. Eso no es malo, Minerva. Sólo que complica la situación.

—¿No me creerías si te jurase que ya no puedo ser tu enemiga, denunciarte a mis compatriotas, o servir al general Zeón contra ti y tu pueblo, Aquilán?

—¿Por qué habrías de hacerlo así? ¿Hay algo que haya cambiado?

—¡Sí, yo! —se excitó ella, airada—, Gracias a ti estoy ahora con vida, lejos de la amenaza horrible de aquel pirata monstruoso, de aquella forma espantosa de vida, ¿Puedo olvidar eso, Aquilán?

—Tal vez lo olvides. Han sido sólo las circunstancias...

—No, no ha sido sólo eso. Te ciega esa mujer, ya lo veo. Kaoba es una criatura que te ha fascinado porque despertó en ti algo más que sentimientos de protector y de héroe defensor. No sabes lo que sientes. Yo te lo diré: ella te atrae. La amas o la deseas, no sé. Para ti, yo no significo nada, Aquilán. Sin embargo, estoy segura de... de amarte como jamás he amado a nadie.

Y dominando su llanto, ocultó el rostro, alejándose

en la arena gris. Aquilán, sorprendido, la vio tenderse en la playa, como si sollozara. Las manos suaves y acariciantes de Kaoba se deslizaron por su brazo y espalda. Se volvió. Encontróse con sus labios gordezuelos.

Al terminar el beso, volvió a mirar a Minerva. Se encogió de hombros.

—No sé lo que le ocurre —murmuró—. Parece realmente confusa... y me confunde a mí.

—Es mujer —susurró a su oído Kaoba—, Como yo. Ella es pálida, delicada, señorial... Yo soy oscura, apasionada, exótica... Somos dos clases distintas de mujer, Aquilán. ¿Cuál de las dos te atrae más?

—Kaoba, ella no me ha hecho sentir lo que tú... —habló el joven guerrero, atrayéndola hacia sí.

—No me importa lo que sientas por mí —habló Kaoba, estremecida, apretándose a él—. Lo que cuenta es que deseo estar siempre así... Siempre, mi guerrero hermoso.

Juntos, se alejaron hacia la espesura del litoral. Minerva tardó en seguirles. No quería interrumpir el idilio de] ambos. Las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas.

* * *

El general Zeón se irguió, aferrando los extremos de su capa color azul vivo, brillante, como el uniforme de los oficiales de Hélide. Miró fijamente a su informante.

—¿Estás seguro de eso? —tronó su voz.

—Totalmente seguro, general —afirmó el otro con tono servil—. El informe me ha llegado hoy. Directamente de la región austral de Hélide. No lejos del río y de la Laguna Muerta. Allí fue hallada la canoa. Iban tres personas en ella. Las mismas que han sido vistas posteriormente en el poblado hélido del sur, camino de los Montes Urnos y de Paso Floralía, la ruta hacia Arburia.

—La ruta hacia Roaluk Kahn, diría yo —fue el áspero comentario del general, mientras su mano huesuda seacariciaba la larga, puntiaguda barbita negra—. Prosigue : ¿cómo eran las personas que cruzaban ese poblado de donde te enviaron los informes?

—Un hombre alto, vigoroso, muy rubio, con armas y atavío de guerrero... y con el águila bicéfala sobre fondo rojo, en su casco de combate.

—¡El emblema de la libertad enigía! —Zeón apretó los puños con ira—. ¿Y ellas? ¿Quiénes eran ellas dos?

—Una mujer pálida y otra muy morena. Una parecía hélida y se expresaba correctamente en nuestra lengua: me refiero a la de tez pálida. Alta, esbelta, elegante... La otra era morena, de raza zambrya, al parecer. Muy llamativa.

—Una esclava, tal vez. Y él... es el supuesto Hijo de los Dioses. Ella... no hay duda: es Minerva de Iledia.

—¡Minerva de Iledia! —se sorprendió su informante—. Pero general, ella... ella es fiel a nuestra causa, ¿no es cierto?

—Lo era en Puerto Helium, hace bastantes semanas, cuando quiso tender una emboscada a ese joven misterioso en quien tanto confía Enigia. Parece ser que se llama Aquilán, según él mismo dijo a gritos en el muelle.., Ahora, ignoro si ella es cautiva de Aquilán, o se ha convertido en su concubina, y es cómplice suya.

—¿Crees que Minerva de Iledia, una noble hélida, haría semejante cosa? —se escandalizó su oficial.

—Creo que una mujer, en determinadas circunstancias, puede cambiar mucho de actitud —dijo Zeón glacialmente, con un destello malévolos en sus ojos oscuros—, Por ello me gustaría pensar que, pese a todo, nos es fiel, y lo demostrará en la primera oportunidad. Aquilán debe sospechar de ella, y no la dejará comunicarse con nadie. Pero si, como imagino, su ruta es la que conduce a Aurania... posiblemente pronto podamos darle una sorpresa que resultará muy desagradable para los leales a Aquilán, y para él mismo, por supuesto.

—¿Por qué supone que van a Aurania, general? Poca gente se aventura en ese reino de hechiceros y magos.

—Aquilán lo hará. Sabe que no es realmente hijo de dioses, pero se debe a una leyenda y procurará estar a la altura de ella. Sospecho que busca uno de los atributos más famosos en Vultar, uno de los que pueden darle realmente una fuerza superior, un aparente aire de inmortalidad... El Escudo de Azur.

—¡El Escudo! Pero... pero lo guarda Roaluk Kahn en su Torre de los Muertos... Nadie se atrevería a llegar hasta él...

—Aquilán intentará hacerlo —rió Zeón—. Pero no temas, mi querido amigo. No irá tan lejos. Arburia es una tierra difícil y abrupta. Su trayecto por fuerza ha de resultar lento allí, aunque los hombres-alados les ayuden. Y cuando alcancen las estribaciones de la Cordillera Boscaria, camino de la frontera con Aurania... nuestros tres amigos van a encontrarse con una auténtica sorpresa...

—¿Cuál será esa sorpresa, general?

—Yo —rió burlonamente el hombre que dirigía a las fuerzas de

Los frutos eran abundantes y sabrosos. Ellos constituían su mejor alimento durante el penoso viaje a través de la jungla, caliente y húmeda.

Abundaban los pantanos, las largas marismas rodeadas de líquenes y de vegetación tropical. De no haber sido por los serviciales hombres-pájaro, nunca hubieran llegado con tan pocas fechas a la proximidades de la Cordillera Boscaria.

Ellos fueron los que, desplegadas sus enormes alas membranosas, de murciélagos humanos, los transportaron sobre marismas y pantanos, hasta depositarlos suavemente en terreno firme, cubierto de viscosas hierbas, y rodeado de árboles de lánguido ramaje caído.

—Tened buen viaje —les deseó el jefe de una de las numerosas tribus salváticas de hombres-pájaro, agitando sus alas amistosamente—. Pero recordad que en Aurania no encontraréis igual recibimiento que aquí... y

no olvidéis que el tiránico Roaluk Kahn es dueño y señor de vidas y haciendas... y domina las artes ocultas de su magia siniestra, hasta extremos increíbles.

—No lo olvidaremos, buen amigo —prometió Aquilán, despidiéndole con un brazo agitado con calor—. Y gracias por todo... Espero devolveros alguna vez el favor. Cuando os halléis en un apuro que no sepáis resolver... llamad a Aquilán. El intentará seros útil como sea.

—Estamos seguro de ello, buen amigo —suspiró el hombre-alado, afirmando con su cabeza cubierta de escamosas placas—. Hasta siempre...

Se quedaron solos nuevamente. Un grupo de amistosos hombres-alados se perdieron en la distancia, batiendo sus alas ruidosamente. Los tres viajeros continuaron la marcha, dura y penosa, ya muy cerca de la anhelada frontera del país prohibido, donde el culto del terror al misterioso Roaluk Kahn era la más firme salvaguardia de tan

enigmático país.

—Y cuando estemos allí... ¿qué va a suceder, Aquilán?

Él se volvió. Era Minerva de Iledia quien hacía la pregunta, con tono preocupado. Ciertamente, distaban mucho de tener resuelto su problema. Una vez allí, faltaba lo más difícil y peligroso: buscar, y alcanzar, el famoso Escudo de Azur.

—No lo sé aún —declaró el joven guerrero, pensativo—. La primera ciudad que encontraremos es Ingaz. En sus afueras, reside Roaluk Kahn, en su Palacio Mágico. Dentro de él, se halla la Torre de los Muertos.

—Y dentro de la Torre... el Escudo de Azur —murmuró Minerva con voz apagada.

—Protegido por los guardianes misteriosos del Kahn.

—¿Qué clase de guardianes?

—No lo sé, ni es fácil saberlo, en tanto que penetre allí. Nadie supo nunca la clase de guardianes que puso Roaluk Kahn para proteger sus tesoros, pero todo el mundo sabe que los cadáveres de intrusos, de audaces ladrones y espías, reposan dentro de esa tétrica Torre, si poder revelar a nadie el horror final de sus vidas, aquello con lo que se enfrentaron, antes de perecer entre los muros de ese torreón.

—Y aunque nadie lo consiguió jamás... tú vas a intentarlo. ¡Es una locura, Aquilán!

Poco más tarde, cenaban frugalmente, a base de verduras, frutos y algo de carne de reptiles comestibles de los pantanos. Todo ello, rociado con vino fermentado de plantas de *jeb*, proporcionadas por las amables tribus de hombres-pájaro.

El sueño les invadió tras el duro camino. Se durmieron los tres. Kaoba, acurrucada contra él, inseparable como siempre...

De súbito, Aquilán despertó con la conciencia firme de que un tremendo peligro les acechaba.

Se incorporó de un salto en su lecho... para encontrarse con una espada apoyada de punta en su garganta, otra en su nuca, una lanza en su vientre... y una albarda dolorosamente hincada en su torso, a punto de clavarse en él si hacía el menor movimiento.

—Es mejor que no intentes nada, Hijo de los Dioses —rió una voz fría, en enigma de inconfundible acento helido.

—¡Traición! —aulló él, furioso consigo mismo por su error al dormirse sin dejar vigilancia,

—Sí, traición, rebelde —dijo el general Zeón sardónicamente, erguida su figura entre los pliegues de la ancha capa azul—. Traición y victoria sobre un hijo de dioses... que puede morir como cualquier mortal, al menor movimiento que haga...

Kaoba, que despertaba en ese momento, al ver erizado de armas a su amado, se precipitó hacia él impetuosa, con ojos dilatados por el horror.

—¡No, no! —sollozó apasionadamente—. ¡No hagan daño a mi Aquilán, a mi amado...!

—¡Quieta, mujer, o sufrirás las consecuencias de tu estupidez! —rugió un soldado.

Kaoba era como un animal en celo o una hembra privada de sus cachorrillos. Cometió un terrible error, se precipitó de nuevo sobre Aquilán, pese al ronco aviso desesperado de éste y el aviso repetido del soldado.

Zeón hizo un frío gesto mecánico, una orden muda.

Las armas se adelantaron, deteniendo a Kaoba brutalmente. Las hojas de acero atravesaron el turgente cuerpo moreno por varios puntos. La piel de bronce vivo se tiñó de rojo. Un alarido de dolor y agonía, escapó de labios de ella.

—¡Kaoba! —rugió Aquilán, rabioso, palideciendo ante el crimen, e intentando también romper el cerco de acero con peligro de su propia vida.

En ese momento, a espaldas suyas, un objeto contundente, un peñasco, golpeó la rubia cabeza del joven enigma. Este cayó de bruces, sin conocimiento, exhalando un ronco gemido. Sus ojos dilatados, al revolverse durante una décima de segundo, descubrieron a la persona que le golpeaba : era ella, Minerva de Iledia la mujer helida.

—Ya era hora de que llegais —dijo fríamente, incorporándose con su habitual gesto de crueldad, mirando fija al general Zeón—, Ese salvaje se creía realmente invencible... y pretendía robar el Escudo de

Azur...

—Lo sé, querida Minerva —sonrió cortés, complacido, el general Zeón—. Y me alegra ver que, pese a todo, seguimos combatiendo en el mismo lado...

CAPÍTULO VI

BELLEZA TRAIIDORA

"Nunca fíes de la mujer y de sus dulces palabras sibilinas. Son un engaño constante, una mentira viviente. Su hermoso rostro, es sólo la máscara de la más fea y horrible de las falsedades. Si tu vida depende de ellas, morirás, tenlo por seguro..."

(De los escritos proféticos del sabio Nostraxum, en el *Libro de la Sabiduría Popular*.)

—Traición... Debí imaginarlo en ti, Minerva.

—Lo siento, Aquilán. Me debo a los míos. A mi pueblo, a mi raza. Fue un error que confiaras en mí. Soy mujer, pero ante todo, soy también de Hélide. Y tú de Enigia.

—Una mujer... Los sabios dicen que nunca se debe confiar en ellas. Ni en la más hermosa. Lo acabo de comprobar aunque, lamentablemente, me dé cuenta de ello demasiado tarde...

Hubo un profundo silencio tras las fieras y doloridas palabras de Aquilán. Sus ojos centelleaban, casi feroces, dentro de la impotencia a que se veía sometido ahora, tras su derrota a manos de Zeón y de la falaz Minerva de Iledia.

Ligado con fuertes correas y cadenas, a lomos de una montura bicéfala de las selvas septentrionales de Arburia, era conducido por entre altos desfiladeros. La posición de los astros, en la noche arbórea, le reveló a Aquilán que su ruta se encaminaba hacia el norte y el nordeste. Eso significaba que el general Zeón y sus tropas, le conducían hacia el interior de Aurania, quizá hacia la ciudad mágica de Ingaz, sede del siniestro Roaluk Kahn, monarca y hechicero.

No se explicaba qué motivo podía tener para seguir tal ruta, a menos que estuviera en buena relación con el enigmático y cruel rey de Aurania, y fuese a hacerle entrega de su prisionero. Era una

posibilidad a tener en cuenta, y dada su situación, no causaba más temor o preocupación al joven y bravo luchador enigmo, puesto que en cualquier caso, su vida valía bien poco, estando cautivo y en poder de los hombres de Hélide.

De cualquier modo, eso podía significar, cuando menos, aproximarse a su destino: el Escudo de Azur y la Torre de los Muertos. Aunque fuese para morir allí...

Miró en derredor, dominando su inútil ira. Zeón y los soldados de Hélide le rodeaban. Minerva, junto al general enemigo de Enigia, cabalgaba orgullosa sobre una cebra gigante de rayas purpúreas y cabeza de grifo mítico.

Alrededor de ellos, el paisaje era hosco y yermo con altas masas de negras rocas basálticas. El suelo, duro y áspero, hacía resonar los cascos de los animales del fascinante, exótico zoo de aquellas regiones selváticas y misteriosas que dejaran atrás.

—¿En qué piensas, rebelde?

Miró al que hablaba. Era el general Zeón, con su rostro afilado, sus angulosas facciones, sus ojos fríos y malignos, su barba recortada, muy negra y puntiaguda, sobre el cuello plateado de su uniforme militar de soldado de Hélide. Había su cabalgadura junto a él, y le contemplaba burlona, curiosamente, como complacido en sumo grado por su victoria sobre él.

—¿En qué piensa el cautivo, cuando va hacia su cautiverio definitivo o hacia su muerte? —replicó ambiguo el joven enigmo, sacudiendo leoninamente su cabeza de crespa melena dorada—. Supongo que la respuesta te será fácil, soldado: pienso en mi libertad perdida. Y en lo torpe que fui al confiar en una mujer...

—¿Minerva? —el general Zeón rió entre dientes, sarcástico—. Es hermosa y es inteligente. Puede engañar a cualquiera, si se lo propone. La mujer nunca es de fiar, rebelde. De todos modos, tal vez te complazca un poco saber que a ella le debes no haber sido ejecutado ya, sumárisimamente, como peligroso enemigo de Hélide que eres.

—¿De veras? —se sorprendió Aquilán—, ¿Ella ha intercedido por mí?

—Sí, pero no te hagas ilusiones. Sólo alega que sentiría ciertos escrúpulos de ver tu sangre derramada o contemplar tu cadáver, sabiéndose culpable de ello. Ha solicitado que perezcas lejos de su

mirada, Y eso es lo que vamos a hacer ahora.

—No lo entiendo bien... ¿De qué modo habéis pensado asesinarme?

—No es un asesinato —replicó el general, con altivez herida—. Es sólo una ejecución, la muerte de un enemigo. Sucederá cuando no haya testigos. Sólo la noche, los astros, las lunas de Vultar... y El Horror.

—¿El Horror? —enarcó Aquilán sus rubias cejas, con perplejidad—. No te comprendo...

—El Horror de las Ruinas Malditas. ¿Nunca oíste hablar de ello? —rió Zeón, irónico.

—El Horror de las Ruinas Malditas de la Ciudad Bruja de Argón... —recordó Aquilán, con un escalofrío. Sus ojos metálicos, acerados y fríos, revelaron inquietud y sorpresa—: Creí que todo eso era solamente una vieja leyenda...

—No lo es. Conozco la ciudad antigua, hoy convertida en ruinas. Nadie se atreve a acercarse a ellas. Saben que la muerte reina entre sus piedras milenarias, abatidas por un viejo cataclismo, acaso derivado del caos final de Titania la Grande. No sabe nadie qué clase de muerte sea. Pero lo cierto es que millares de calaveras humanas, de blancos huesos de esqueletos, como único residuo del drama allí sucedido, da fe de que «algo» existe en su ámbito, algo siniestro y atroz, que destruye vidas y devora cuerpos... Algo de lo que hasta los propios habitantes de Aurania huyen despavoridos, y donde la magia oculta de Roaluk Kahn, no ha querido mezclarse para averiguar su naturaleza. Y, caso de saberla, el monarca hechicero lo oculta a todo el mundo. Dicen que en las sombras de la noche, momentos antes del alba, la ciudad olvidada cobra extraña vida, y una forma que surge de entre sus ruinas, destruye inexorablemente toda forma de existencia humana o animal. Hay testigos que, medio enloquecidos, juraron haber oído alaridos terribles, proferidos por gargantas humanas, mientras algo monstruoso y oscuro se movía entre los viejos edificios derruidos. Sin esperar a más, escaparon despavoridos. Al volver, pocas horas después, sólo huesos pulimentados, como de cadáveres perdidos durante años enteros, restaban de aquellos que se quedaron en la ciudad maldita...

—Y allí debo quedarme yo esta noche, antes del alba, ¿no es cierto? —suspizó sombríamente Aquilán.

—Exacto. Nosotros nos retiraremos. Nadie te verá morir, rebelde. Nadie escuchará tus gritos de agonía. Nadie, excepto tú mismo, sabrá qué horrorosa verdad oculta esa ciudad muerta, Pero los muertos, y menos aún aquellos que sólo son ya simples montones de huesos descarnados, difícilmente pueden revelar lo que descubrieron al dejar esta vida...

Soltó una seca carcajada, y regresó a la cabecera de la comitiva que, cabalgando en los fabulosos animales de la fauna de Vultar, continuaba adelante, por el dédalo de desfiladeros y gargantas rocosas de negros muros basálticos, rumbo a la más siniestra región de Aurania.

Allí donde moraba el que Aquilán creyera legendario Horror de las Ruines Malditas de Argón... Y, que por desgracia para él, parecía ser tremendamente real. De lo que muy pronto tendría personalmente los pruebas decisivas y tremendas. Cuando menos, por unos fugaces instantes: los últimos de su vida...

* * *

Era un recinto funerario arcaico. Un dolmen perfecto, donde sus altas y verticales piedras basálticas, sostenían una techumbre también de piedra pulimentada y negra. Dentro del pequeño reducto, un molinito negro emergía del suelo, y a él fue encadenado Aquilán, cuyo cuerpo musculoso se retorció en vano, entre las cadenas, sujetas a su espalda, tras la piedra vertical, de fállica estructura, por un enorme candado de seguridad, que sólo unas manos ajenas a las suyas hubieran podido accionar para abrirla y liberar al preso.

En torno suyo, la noche estrellada, fría y silenciosa, era una masa oscura de sombras, gravitando sobre las calles en ruinas de Argón, la antigua ciudad abatida por un remoto cataclismo geológico, que las crónicas de Vultar sólo recogían como una leyenda sin explicación racional posible.

Allí, en el corazón mismo de la ciudad misteriosa y terrible, un Aquilán encadenado, un hombre a merced de sus ocultos adversarios de la noche, se quedaba solo, aguardando su desconocida y terrible suerte. Aprensivos, inquietos, mientras sus animales relinchaban con tonos de terror, los hombres del general Zeón aguardaban, con éste a la cabeza, a que todo estuviera listo para partir. Algo, en el ambiente,

hacía presagiar terribles peligros escondidos en las ruinas. Por encima de ellos, la noche era un palio tachonado de astros rutilantes, de fantásticos colores, en la luminosa exosfera de Vultar. La madrugada estaba avanzada, y en cualquier momento podría llegar el trance entre la sombra nocturna y la luz vespertina. Entonces, y sólo entonces, según las gentes decían con supersticioso pavor, El Horror se hacía tangible, presente a los ojos de los humanos presentes. Ninguno de los cuales, fatalmente, sobrevivía a la espantosa experiencia...

—Bien... Nos vamos, Aquilán, hijo de dioses —dijo ¿eón, con una risa sibilante, parando su cabalgadura ante el dolmen donde permanecía encadenado el joven enigma—. Espero que tu agonía sea breve... aunque me temo que sea una esperanza excesiva por mi parte... De todos modos, para un enviado de los dioses, no puede ser difícil librarse de toda cadena y vencer a todo enemigo, por espantoso que sea... ¡En marcha todos! Adiós, Aquilán...

Agitó un brazo, señalando a sus hombres la ruta de partida. Ávidos por iniciar la marcha, el grupo militar emprendió un galope hacia las derruidas murallas de la vieja metrópoli muerta. Y con todos ellos, sin siquiera dirigirle una mirada de curiosidad o de lástima hacia su traicionado amigo, cabalgaba Minerva de Iledia, la hermosa falaz.

Aquilán clavó en todos ellos sus ojos acerados y gélidos, sin expresión alguna en su rostro anguloso, agresivo y viril, bajo la revuelta melena dorada.

No hubo en él temor, solicitud de piedad o demanda alguna a sus mortales enemigos. En vez de ello, apretó con fuerza sus labios carnosos, y contempló cómo se alejaban todos ellos, dejándolo solo, abandonado a su suerte. Una suerte que, forzosamente, sería terrible y mortífera, en poder de las tinieblas que se enseñoreaban de las ruinas, y que, cuando el alba anunciara su proximidad, se convertirían en algo más sólido, tangible y aterrador.

Algo que amenazaba la vida de todo ser viviente que se atreviera a desafiar su oscuro, tenebroso poder destructivo. Algo que ni siquiera sabía ser viviente alguno qué era... Y los que lo supieron alguna vez, eran sólo despojos, huesos descarnados, blanqueando bajo los astros del Sistema Solar de Xaal, o bajo el sol azul de los largos y calurosos días de Aurania.

Algo que, inexorablemente, Aquilán iba a conocer por sí mismo, iba a tener ante sus ojos la forma ignorada, desconocida, terrible y

alucinante que surgía de las tinieblas...

Pronto se quedó totalmente solo, rodeado de muros derruidos, de formas dentadas y siniestras. Encima, las estrellas. En torno, el silencio y las sombras.

- en todas partes, como formando parte del aire mismo, frío y seco, respirándose con él, intangible y sutil, el extraño vaho de algo infrahumano, horrendo, desconocido e insospechado quizás por la mente humana...

«Algo» que pronto aparecería ante la forma mítica del hombre joven rebelde, rabioso e impotente, de músculos que se hinchaban y retorcían, en vana pugna contra las cadenas, allá en el fondo del negro dolmen de la muerte, en medio de la Ciudad Muerta de Angor.

Una forma incógnita y horripilante de muerte. La forma de un ser demoníaco, cuya proximidad presentía ya Aquilán, jadeando roncamente, sudoroso su cuerpo arqueado contra la roca viva del monolito central donde iba a ser inmolado a oscuras formas de destrucción y caos, llegadas acaso de mundos remotos o de profundidades del infierno, más allá de todo lo conocido y presentado por la humana criatura de Vultar.

No supo nunca el tiempo transcurrido. Pero de súbito, sus ojos se dilataron, y su cuerpo se agitó, con chirriante choque de eslabones de metal. En la distancia, sobre los perfiles atormentados de las ruinas urbanas, clareaba lívidamente un día naciente, entre azulado y amarillento...

Era el alba.

- con ella, tenía que llegar algo espantoso.

Llegó.

Algo que heló de repente la sangre en las venas, en aquel cuerpo inmóvil, entregado y desesperado como el joven enigma, le llegó a provocar el primer escalofrío del miedo, del pavor a la muerte... o algo mil veces peor que la propia muerte.

El Horror estaba allí. Lo supo. Lo adivinó un momento antes de convencerse de su presencia.

Primero, fue una espacie de roce. Como un susurro

del infierno.

Luego...

Luego, *vio* a la Cosa. Y supo, de súbito, lo que era el Horror de las Ruinas Malditas.

Esperaba algo horrendo. Pese a ello, cuando descubrió la naturaleza de *aquello*, sus rubios cabellos se erizaron, y sus ojos metálicos, penetrantes y hoscos, centellearon con una luz fulgurante, reflejo de su indescriptible espanto ante lo desconocido, ante lo que estaba fuera de todo lo imaginable y de todo lo concebible...

CAPÍTULO VII

HORROR EN EL ALBA

“Yo creo, yo sé, que también la materia se alteró, y formó criaturas alucinantes que nadie podría describir.

“Una de ellas, puede que more en las ruinas negras de Algor, la ciudad maldita y olvidada...”

(Fragmento de las Leyendas y Mitos de Vultar, de autor anónimo.)

Era la Cosa. El Horror, como le llamaban...

Captó su hedor. Su roce sibilante entre las ruinas. Su extraño jadeo al arrastrarse...

Porque se arrastraba. Era algo vivo, una forma o materia sutil, que hacía rodar siniestramente las piedras negras sobre el terreno abrupto y oscuro. Olía fuertemente a algo nauseabundo. A basura, a sangre humana agriada, a carne corrompida, a detritus acaso.

Aquilán clavó sus dilatados ojos llameantes en aquella forma que empezaba a emerger de entre los peñascos. Esperaba algo como un monstruo, un reptil, alguien adiposo y horrendo, deslizante y de extraño, sinuoso sonido, como una voz cantarina y diabólica, saltando de una garganta rota...

Pero lo peor era... *ello*. La Cosa. «Aquello» espantoso que acababa de emerger, horrible e inaudito, entre las peñas y el polvo, los hierbajos y los brazos...

Era... ¡era la más increíble forma imaginable por la mente humana! Algo perteneciente a un mundo de pesadilla y horror sin límites, algo que Aquilán no podía concebir, salvo por una posible genética alterada, una mutación espeluznante, quizás posterior al gran cataclismo geológico que terminó con la civilización superior de Titania la Grande...

Porque lo que estaba viendo, reptando hacia él, en movimiento sigiloso y repulsivo, penetrando lentamente en aquel dolmen funerario, destinado a posibles sacrificios humanos... ¡era una enorme serpiente pálida, blanda, pastosa e informe, del tamaño de diez hombres a lo largo y de cuatro o cinco a lo ancho, apoyada en un centenar de *brazos y piernas humanas*, deforme: y rematadas en dedos membranosos!

Además, la cabeza, era la de una nueva Medusa escalofriante, puesto que el reptil poseía cabeza de *MUJER*, con culebras bailoteantes y llenas de vida como cabellos...

El monstruo, el Horror, reía. Ese era su sibilante sonido. Porque aquella cosa horrenda, voraz, de cuya boca gigantesca chorreaba una baba viscosa, emitía su sonido sibilante al reír. Y el cascabeleo siniestro de los cientos de culebras de su cabellera, no era sino un eco monstruoso de tal risotada...

Aquella cosa situada en los límites de lo imaginable y de lo inconcebible, iba a devorar en vida a Aquilán. El estaba seguro de ello, ante su presencia estremecedora. Nada ni nadie podía resistir a semejante criatura del infierno. Su cabeza humana, femenina, de rara belleza, no exenta de repulsión por el blanco espectral y la blandura pastosa de su carne, era la de un voraz animal en el que lo humano, desgraciadamente, sólo debía reducirse a aquella risa diabólica, aquellos brazos y piernas que sujetaban la oruga enorme de su cuerpo... y aquella faz gigante, remedo monstruoso y cruel de una cara de mujer trasladada a la forma demoníaca que iba a aniquilarle en medio de las oscuras ruinas.

Aquilán luchó, forcejeó de nuevo, desesperadamente. Pero sabía que era en vano. Él nunca fue realmente un hijo de divinidades, sino solamente un hombre. Y ahora podía probarse esa gran verdad. Como hombre, como luchador, como guerrero, estaba vencido. A merced de un enemigo, fuese humano o infrahumano.

Esa era la única y amarga realidad. La que iba a desencadenar ahora la inexorable tragedia final de su vida...

El monstruo se aproximó más a él. Avanzó, reptante, por el interior del dolmen.

Aquilán le contempló, con fiero desafío, sin cerrar los ojos ante su pavorosa presencia. Cuando menos, dispuesto a morir dignamente. Con valor. Sin ceder ante el horrible espectáculo de su verdugo

implacable...

* * *

Un momento más tarde, y todo habría terminado.

Aquilán clavó los ojos en la faz femenina, pastosa, repugnante y blanca, que flotaba ante él, como una enorme ampliación borrosa y cruel de un rostro de mujer. Evocó viejas leyendas y mitologías perdidas en el tiempo. Aquello, pensó, era mortal pese a todo. Sólo que despedía cierto influjo fascinante, como paralizador. Eso, aun a un ser armado, libre de cadenas, le hubiera frenado. Era... era *el olor*.

—No me asustas —jadeó—. Eres una bestia... una mutación espantosa de oruga, gusano, reptil, mujer y bestia voraz... Das asco, náusea... y pena. Devora mi cuerpo, destruye las huellas de mi carne sobre mis huesos, pero no sueñes con verme sollozar, gritar o implorar. No soy de éstos, bestia maldita y repugnante. ¡Vamos, ataca ya! Noto el hambre en tu boca babosa, en tus ojos glaucos y repulsivos... ¡Muerde, devora!

Tienes tu festín aquí, seas lo que seas, inmunda criatura... Te espero... Cuando claves tus colmillos hambrientos en mí, no voy a estremecerme siquiera. No conoces bien a Aquilán... aunque pronto lo tendrás, triturado, en tu inmunda barriga adiposa y fofa, maldita cosa informe...

- hasta se permitió soltar una agria carcajada de desafío, al tiempo que escupía al ya cercano rostro gigante, caricatura repugnante y hedionda de mujer blanca, viscosa, de mil culebras como cabellera, a semejanza de milenarias medusas de leyenda...

En ese momento, sonó el murmullo a su espalda, chascó el candado metálico de sus cadenas, al abrirse secamente. Y su mano diestra, aferrada al peñasco, inmovilizada por los eslabones que le oprimían contra el monolito, se encontró con la empuñadura de una espada, sólida y confortante.

—¡Animo, Aquilán! —musitó la voz susurrante, a sus espaldas—, ¡Lucha! ¡Lucha por nuestras vidas!

Aquilán no lo entendía. No podía comprender nada de todo aquello. Pero supo de quién era la voz que le llegaba de detrás del peñasco. Y supo que debía defender su vida y la de la persona que acababa de soltar sus cadenas y proporcionarle un arma.

El monstruo observó algo anormal. Atacó, con un bramido que hizo temblar su cuerpo de oruga blanda, y dilató su boca de monstruosa diosa del horror...

Aquilán, sabiendo que tenía tras de sí a la mujer traidora, a la propia Minerva de Iledia, su libertadora actual, enarboló la espada... y se desprendió del monolito, saltando hacia un lado, justo cuando el monstruoso ser atacaba, con sus fauces abiertas, babeando voraces...

* * *

Jamás golpeó Aquilán con más fe, más rabia y más fuerza que en ese momento. Los impactos de su formidable espada de dos filos, de enorme tamaño, puesta en sus manos por Minerva, alcanzaron brutalmente al Horror de la ciudad muerta.

El dolmen funerario se llenó de bramidos terroríficos... Cientos de culebras de su cabellera viviente, saltaron, despedazadas, cortadas a tajos, al mismo tiempo que dos o tres mazazos de refilón, con el acero afiladísimo, producían desgarros tremendos en la forma alargada y blanda.

El cuerpo de oruga segregó una pastosidad nauseabunda, pero ya Aquilán contenía de tal modo su respiración que ningún hedor podía llegar a sus sentidos, y por tanto, era dueño de sus reflejos, sus músculos, sus acciones. Algo con lo que la bestia informe no contaba, sin duda alguna.

Por vez primera, un enemigo, presunta víctima, vencía el peor adversario que existía, el arma fatal de ?a criatura perdida en las ruinas: su olor, paralizante de los centros nerviosos del ser humano...

De ese modo, implacable salvaje, demoledora, la espada pegaba y pegaba. Segaba piernas y brazos de mujer rematados en dedos membranosos, mutilando la inmensa forma de gusano de aquel cuerpo alargado, móvil, plegable y adiposo. Los berridos inhumanos de la bestia, conmovían las piedras, haciendo temblar incluso los pétreos

soportes del dolmen.

Cuando Aquilán descargó su golpe final, fue contra el cuello del monstruo. Utilizó ambas manos para el mandoble, y la furia puesta en el impacto del acero fue impresionante. Pese a ello, no pudo decapitarla del todo. Un jugo viscoso, color amarillento, le chorreó al hender el cuello de la bestia. Luego, al segundo mandoble, la cabeza gigantesca de mujer, rezumando un humor apestoso por sus culebras mutiladas del cuero cabelludo, rodó por el dolmen y golpeó en el monolito, dando saltos, berridos, bailoteantes los glaucos ojos, emitiendo chillidos estridentes de boca convulsa hasta el estertor final, gorgoteante...

Anonadado, con indicios de agotamiento, Aquilán se dejó caer contra la roca, y resopló contemplando su hoja de acero chorreando una extraña sangre amarillenta, lívida y purulenta que producía náuseas. El reptil, gusano o mutación humanoide, culebreaba, agonizante, ante él. Lívida tras el monolito, Minerva asistía a aquel horror sin límites. Luego, con un sollozo ahogado, se precipitó en brazos de Aquilán, clavando su mirada en la Cosa vencida...

—Oh, lo lograste... Venciste, Aquilán... ¡Venciste al monstruo! Sabía que podrías hacerlo, a poco que te ayudase... Por eso regresé en busca tuya lo antes posible, burlando la vigilancia de Zeón...

—Pero tú... Minerva... tú eras la que me traicionabas...

—No, Aquilán, ¿no lo entiendes? Fingí traicionarte, cuando vi que Zeón vencía y no había más remedio que representar una farsa... Pero me propuse ayudarte cuanto fuera posible...

—Bien, mi hermosa Minerva... Esa es la más clara confesión de traición que jamás oí, ¿no es cierto?

Ella exhaló un grito y se abrazó, angustiada, al cuerpo sudoroso, semidesnudo, del luchador enigma.

En la boca del dolmen, armas en mano, estaban ahora Zeón y sus soldados, cerrando toda posible salida a la pareja.

—Sabía que te encontraría aquí, Minerva —dijo Zeón, sibilante—. Advertí tu fuga antes de lo que preveías. Regresamos, venciendo el temor de mis hombres. Esperé fuera de la ciudad en ruinas, y los bramidos del monstruo me hicieron comprender que Aquilán vencía, una vez más, a su adversario...

Los soldados, llenos de supersticioso temor, contemplaban los restos repugnantes de la criatura de las ruinas. Pero Zeón parecía dominar la situación perfectamente. Y Aquilán supo que, aunque empuñara su espada contra él, matándole, sus soldados acabarían en el acto con él y con Minerva. Por ella habló, extendiendo su espada noblemente:

—Me entrego. Pero a cambio de que no hagáis nada a Minerva. En caso contrario, moriré luchando. ¿Qué decides, Zeón? Tu palabra de honor de respetar a la mujer, será suficiente para mí. Un militar helido, no puede faltar a su promesa.

—¿Crees que nos vencerás tan fácilmente como esa... esa «cosa» horrible, muerta ahí? —se mofó Zeón, sarcástico—. Es posible que no acepte negociaciones, Aquilán. Ríndete, y acaso haya clemencia para ella. Pero no te prometo nada.

—No, Aquilán —jadeó Minerva—, Lucha, ¡lucha! Zeón nos ejecutará a ambos, lo sé.

—Es igual —suspiró el joven enigma, tirando la espada—. No quiero matar en vano. Sólo espero que sepan tratarte dignamente, querida mía...

Minerva tembló de gozo. Sus ojos brillaron, fijos en Aquilán. Le besó.

—Esas palabras son suficientes —musitó—. Moriré gustosa, tras saber que sientes algo bello por mí...

Zeón hizo un gesto a sus hombres. Luego, avanzó hacia Aquilán. Sus botas pisotearon los cientos de pequeñas culebras seccionadas a golpes de espada de la cabeza del monstruo.

Ocurrió algo terrible.

Momentos antes, las pequeñas culebras de aquel monstruo-medusa de Vultar, se agitaban en la agonía. Al pisarlas Zeón con sus recias botas militares, fue como si algo rebelde se agitara en los pequeños cuerpecillos, insuflándoles una vida póstuma y tremenda.

Lo cierto es que, de súbito, el centenar largo de culebrillas, cobraron una vitalidad potente, ágil, diabólicamente rápida. Saltaron, reptaron por las piernas de

Zeón. Este, asombrado, se echó atrás, golpeó con su espada a los reptiles. Eran muchos, demasiados para él. Quizá una treintena de ellos, alcanzaron sus brazos, cuerpo, cuello, rostro... Chilló, despavorido. Le arrebatában con su peso la espada de las dedos. Los soldados llenos de terror, reculaban, huyendo del siniestro dolmen y dejando a su jefe a merced de los pequeños monstruos reptantes.

Aunque Aquilán se precipitó rápido sobre la espada que dejara caer, para ir en ayuda de Zeón, llegó tarde. Para entonces, la boca del militar vomitaba docenas de reptiles mojados en su amarillenta sangre. Los ojos y narices, las orejas del general, se llenaban de sangre, y los reptiles penetraban por cada orificio por grupos...

Algo ocurrió allá, en su cerebro. Un alarido atroz acogió la invasión interior de Zeón, virtualmente invadido por los reptiles diminutos... y el general helido cayó de bruces, revolcándose en atroz agonía, hasta quedar inmóvil.

Cuando los reptiles fueron abandonando su cuerpo, parecían débiles y vencidos de nuevo. Aquilán los remachó a tajos, asqueado, mientras los soldados, despavoridos, se perdían por las ruinas, emitiendo alaridos de terror sin límite.

Al final, se hizo un silencio profundo. Aquilán y Minerva se miraron, sobre un lecho de rodajas goteantes de reptil... Ya nada se movía. Salieron de allí, respirando hondo. Amanecía abiertamente. Dejaron atrás las ruinas, salpicadas de armas y armaduras de los guerreros helidos en fuga, perdidos por doquier, en su demencial pavor a lo desconocido.

No hallaron a ninguno. Se alejaron de las Ruinas Malditas. Aquilán no entendía bien lo sucedido con Zeón. Pero tampoco entendía muchas cosas. Aquél era un mundo donde todo parecía posible. Donde las formas de vida adquirirían a veces singular dimensión inconcebible...

—Vamos —musitó—. Tenemos que llegar a Ingaz... ¿Vienes conmigo, Minerva?

Ella le miró profundamente. Asintió.

—Por ti, renuncio a mi raza, mi patria y mis sentimientos

anteriores, Aquilán —murmuró—. Soy tuya. Haz de mí lo que quieras...

El la tomó contra sí. La oprimió con fuerza. Sonrió, animoso.

—Creo que llegaremos a Ingaz, la ciudad de los brujes de Aurania —dijo—. Y conquistaremos el Escudo de Azur. Cuando esa coraza esté en mi poder, nada ni nadie podrá vencerme...

—Sé que la conseguirás —afirmó Minerva, llena de fe—. No sé cómo... pero lo lograrás, Aquilán. Y si has de morir... yo moriré a tu lado, mi amor...

CAPÍTULO VIII

LA TORRE DE LOS MUERTOS

"Se hablaba de los reyes de Aurania con temor. Como de cosas y seres prohibidos. Nadie sabía si eran genios de la Ciencia o de la Magia."

(De los escritos del embajador de Nordal al príncipe Irias, de Oriendas.)

La Torre de los Muertos.

El lugar más temido de Ingaz, la Ciudad de los Hechiceros de Aurania. Capital del reino siniestro del monarca-brujo, Roaluk Kahn.

- dentro de la torre, los tesoros del Kahn. Con ellos... el Escudo de Azur. La protección mágica suprema, contra toda clase de poderes adversos. La invulnerabilidad del guerrero. Algo que sólo podía poseer el más poderoso y siniestro rey de Vultar: Roaluk Kahn.

—Imposible entrar —suspiró Minerva, moviendo negativamente la cabeza.

—¿Imposible?

—Sí, Aquilán. Ya viste los altísimos muros, el torreón hermético, el foso hirviente, los soldados de negra coraza, montando guardia en torno... Y luego, queda el Guardián.

—El Guardián... —se estremeció Aquilón—. ¿Qué habrá puesto Roaluk Kahn para velar en el interior por sus preciados tesoros? Me gustaría saberlo...

—Saberlo es morir. Aquilán. Nadie pudo entrar jamás. Y si entró, no salió vivo. ¿Por qué no renunciar a ello?

—Imposible —negó el joven enigio—. Me lo prometí a mí mismo. Y a los monjes de Enigia. Conquistaré el Escudo. Es un símbolo

demasiado importante. Para tu pueblo.

—Tu vida es más importante. Para tu pueblo... y para mí —gimió ella, abrazándole.

—No. Minerva —la rechazó él, con firme suavidad—. Es inútil. No me disuadirás. Estamos en Aurania, en Ingaz concretamente, por esa razón. Demasiado tarde para volverse atrás. Llegaré hasta el Escudo. Y eso será... esta misma noche.

Minerva miró al azul sol de Xaal, centelleante allá en el cálido cielo de Aurania, a estas horas de la mañana. Tembló. Supo que Aquilán cumpliría su palabra. Intentaría entrar en la Torre de los Muertos.

Y eso... Eso significaba morir. Ella estaba convencida de tal cosa.

* * *

El hombre del circo le contempló, sorprendido. La feria de Ingaz estaba en todo su apogeo a aquella hora de la tarde, bajo el cálido sol Xaal. El rubio extranjero había depositado en su mano monedas de valioso metal. Las contempló, una vez más, antes de volver a mirar al visitante.

—Por esta suma, haré lo que pidas —dijo el jefe del grupo circense que divertía a las gentes en la plaza principal, con sus animales alados, traídos del lejano Zorán o de los desiertos sureños de Zambrya, para diversión de las gentes, junto a enanos simios de vello azul y divertidos animales amaestrados—. ¿Qué clase de representación especial necesitas, señor?

— Ninguna. Podéis descansar todos... excepto ese animal amaestrado que ahora actúa —y la mano firme de Aquilán señaló hacia el gigantesco gato volador que, cómicamente, daba saltos en medio de la plaza, sobre las cabezas del público infantil de Ingaz.

—¿Cómo? ¿Mi gato alado? ¿Qué te interesa de él? Es un raro ejemplar del Sur, y...

—Sé que es muy raro en Aurania. Tanto, que no hay ninguno como él. Ese dinero sirve para que te lo alquile... por sólo unos

minutos, esta noche. Luego, volverá a ti, y habrás ganado la suma que te proporcione. ¿Cuál es tu respuesta?

—Hum, no sé... Es una rara petición. Podrías intentar un delito...

—Te prometo que tu gato sólo me servirá para un instante. No hará nada ilegal, ni nadie podrá acusarte nunca de nada. Elige: si rechazas mi oferta, dame mi dinero...

—Está bien, está bien —se apresuró a decir el domador de animales—. Esta noche, será tuyo mi gato alado... por sólo treinta minutos, que conste.

—Sobrarán muchos. Pero acepto tus condiciones. Esta noche, justo a medianoche, amigo...

* * *

Ya era medianoche.

El gato alado se elevó sobre el altísimo muro del recinto. Negro como era, suaves y silenciosas sus amplias alas membranosas, el felino volador pasó inadvertido en las sombras. Revoloteó las murallas... y de sus garras cayó suavemente algo que permanecía sujeto a ellas en su tiempo de elevación.

Aquel algo era oscuro y sólido. Cayó al otro lado del alto muro rodeado por guardianes de negro uniforme metálico. El gato volador, como animal bien adiestrado, se elevó más y más, regresando al otro lado del muro, perdiéndose en la noche...

En el laberinto de altísimos setos que era el interior del palacio de Eoaluk Kahn, el bulto caído en tierra, empezó a moverse. Las fuertes cuerdas color azul oscuro que le sujetaran a las garras del gato alado mientras descendía, fueron recogidas rápidamente, y ocultas en la espesura, Aquilán se despojó de la envoltura negra en suave tejido en que envolviera cabeza y cuerpo, para no ser visible, con su tez bronceada y su rubio cabello, por los soldados del lugar.

Hasta entonces, todo había ido bien. Estaba dentro del recinto real. Frente a él, se alzaba, negra y siniestra, la Torre de los Muertos. La contempló, fascinado.

Había una abertura en ella, al final del laberinto. Era su puerta de acceso. Cosa curiosa: no tenía postigos ni cierre alguno. Parecía libre el acceso.

Ese dato, ante un lugar inexpugnable hasta entonces, era motivo de alarma, ¿Qué clase de tenebroso Guardián tenía en ella Roaluk Kahn, para confiar ciegamente en él, y dejar el paso franco a cualquier intruso, seguro de que éste sería hombre muerto?

Era, justamente, lo que vino a averiguar. Y lo averiguaría, aun a costa de su propia vida, se dijo Aquilán, decidido. Su cuerpo elástico, felino y silencioso, se movió en la oscuridad del dédalo, guiándose con su prodigioso instinto, educado para toda clase de obstáculos creados por la mente humana. Alcanzó así la salida del laberinto por pura intuición, y se vio ante la puerta iluminada, abierta, a su entera disposición, que era el acceso a la Torre de los Muertos.

Y, por tanto, el acceso al Escudo de Azur.

Decidido, avanzó, enarbolando tan sólo su espada, y una bolsa de negra piel en su otra mano de firmes dedos agarrotados. Su cuerpo nervudo brilló con reflejos dorados a la claridad amarillenta del interior de la siniestra Torre...

Aquilán se aventuró en el interior del edificio donde, según el refrán popular, nadie había llegado a conseguir su regreso al exterior, dueño de su vida y aliento.

* * *

Sintió un momentáneo sentimiento de decepción. Era para defraudarse.

No sólo no encontró a nadie en torno suyo, sino que... había llegado al umbral mismo de la Cámara de los Tesoros reales... y no había obstáculo alguno hasta entonces, ni en la interminable escalera de caracol, reptando hasta este último piso, ni tan siquiera dentro de la cámara o en sus puertas.

Sencillamente, el tesoro de Roaluk Kahn, compuesto de piedras y metales preciosos, de joyas increíblemente bellas, ropajes riquísimos, armas fabulosamente hermosas y ricas, y sobre todo ello, encima de

un estrado de piedra roja, del bellissimo Escudo de Azur forma ovalada, algo curva, provista de superficie azul intensa, con un águila plateada en su centro, que brillaba como una luz sobrenatural; todo aquello, en suma, no tenía vigilancia ni guardián alguno, pese a todas las leyendas.

El lugar, parecido a una cripta, ofrecía la presencia tranquila y yerta de un esqueleto gigante, acaso los huesos de algún viejo soldado o rey, muerto hacía siglos, y envuelto en un manto tan azul como el escudo, sobre un trono de piedra viva, al fondo de la sala. Eso era todo. Mitad cámara funeraria, mitad sala del tesoro, Aquilán poseía a su alcance el preciado objeto que viniera a recoger.

Avanzó. Otro brillo carmesí atrajo su mirada curiosa. En la cabeza del esqueleto inerte, había un casco con una enorme gema roja, un rubí ingente, cegador de destellos, como un helado y extraño ojo escarlata, fijo en él...

Aquilán llegó, espada en mano, ante la masa de monedas, piezas de gran valor, joyas y riquezas. Sus ojos

no alteraron su noble, fría mirada. No sentía codicia ni ambición alguna. Las piedras preciosas y el dinero no le atraían. No deseaba ser rico sino poderoso. Sólo en la lucha por su pueblo oprimido. Y por todo ser humano víctima de la tiranía ajena.

Estiró su brazo musculoso, recio, solamente hacia un objeto, por encima de riquezas y de destellos de metales preciosos: el Escudo de Azur...

En ese momento, antes de que sus dedos tocaran el preciado objeto de guerrero invicto... una luz de fuego, rojo intensa, invadió todo. Hubo un chirrido siniestro a sus espaldas. El joven enigma se volvió.

Un grito ronco de horror y asombro brotó de sus labios.

El gigantesco esqueleto de capa de azur y centelleante gema roja en su casco, SE ESTABA INCORPORANDO, lento y terrible, con un doble destello carmesí en el fondo de las vacías cuencas de su calavera.

Entonces supo Aquilán *quién* era el Guardián de la Torre de los Muertos.

Allá fuera, en todo el recinto, sonaron gritos, carreras, voces,

llamadas de alerta.

- el esqueleto altísimo poderoso crujendo sus huesos marfileños se movió hacia él. Su descarnada faz, la Muerte misma, llegando de un mundo oscuro de horror y brujería inescrutable, le contemplaba. Sus manos huesudas, se alzaban, pavorosas, hacia él.

Aquilán quiso luchar y no pudo. Rígido, inmovilizado, poseído por algún maléfico poder de encantamiento desencadenado por la negra magia de Roaluk Kahn, esperó a que el esqueleto viviente le estrangulase, implacable, con sus dedos huesudos, crueles y aniquiladores.

La luz de la roja gema, en el casco del monstruo del reino de los difuntos, le cegaba y le envolvía en claridad sangrienta. Aquilán, paralizado, la miraba, fascinado esperando morir, indefenso...

* * *

No supo nunca cómo lo hizo.

Algo acaso su propio instinto, su afán de supervivencia, actuó por él súbitamente. Se entabló dentro de él una pugna entre su mente y su subconsciente, o entre su físico paralizado y su voluntad.

Lo cierto es que cerró los ojos, dejando de mirar la luz roja, la gema sangrante y resplandeciente... La fría mano de dedos de hueso descarnado, se cerró sobre su garganta, hincando en ella sus falanges heladas de cadáver de siglos... Un chasquido de huesos, de dientes en castañeteo siniestro, en aquella calavera horrenda, acusaba la vida inquietante e inconcebible de un muerto movido por poderes ocultos realmente aterradores.

Aquilán, sin embargo, notó que movía su cuerpo, que sus músculos vibraban... y alzó la espada. Con toda su alma, descargó una, dos tres veces, el mandoble de afilado acero contra la figura huesuda y gigantesca.

Tibias, fémur, húmeros, cúbitos... Dedos, costillas todas, saltaron por los aires desarticulados por los mazazos de acero. Dedos pulverizados convertidos en huesitos menudos, que bailoteaban con

vida propia por el suelo, soltaron el cuello ligeramente amoratado ya, del joven luchador enigma.

La calavera rodó, corno en una decapitación escalofriante, y siguió chascando, como en una risa diabólica, dando tumbos por el suelo, clavando en vano sus pupilas negras de brillo rojizo, en unas cuencas vacías de todo ojo humano, en la figura titánica del rubio Aquilán, dedicado inexorablemente a triturar a su fantasmal enemigo de ultratumba.

Cuando el casco rodó de la calavera, y su rubí centelleante se hundió en las piezas de metal precioso, el destello rojo cesó. Se apagó la luz carmesí, y Aquilán pudo abrir sus ojos, mirando ferozmente en torno.

Por la escalera de caracol, subían veloces los temibles soldados de Roaluk Kahn, en busca suya. Rápido, estiró la mano y tomó el Escudo de Azur, protegiendo con él su cuerpo, cuando ya los soldados aparecían, arrojando sus lanzas y alabardas sobre él.

Ocurrió algo mágico. Los soldados, de negras corazas, retrocedieron, asustados. Las armas arrojadizas, como rechazadas por un invisible muro, cayeron en derredor de Aquilán, sin tocar su cuerpo, ni tan siquiera rozar su mágico escudo azul.

Entonces, llevado de una idea repentina, Aquilán se inclinó. Su mano dejó la espada, al tiempo justo para tomar del suelo el casco del espectro huesudo triturado a golpes de espada. Lo alzó, sin mirar su gema resplandeciente, y lo puso sobre su cabeza, arrojando el suyo propio.

Ocurrió algo fantástico. Cuando Aquilán, tras encasquetarse la pieza sobre su dorada melena, recuperó su espada, observó que un fulgor escarlata, vivido, surgía de su casco, y barría la sala alcanzando los soldados de Roaluk Kahn. En el acto, petrificados, como estatuas grisáceas de lava, todos ellos se quedaron inmóviles, incapaces de reaccionar contra él.

Aquilán, enarbolando su espada en la diestra, cubierto con el Escudo de Azur en su brazo zurdo, y con el casco del esqueleto fantástico sobre su cabeza, salió de la cámara del Tesoro, sin llevarse ni una sola moneda o joya de allí.

Desfiló ante los pétreos, inamovibles soldados. Descendió lo larguísima escalera de negra piedra en espiral, y nadie se movió a su paso. Era como atravesar entre legiones de hombres de piedra.

En la planta inferior, otros soldados y oficiales de Roaluk Kahn mantenían su pasmosa inmovilidad. Aquilán, triunfante, avanzó decidido hacia el portón de salida, sin ser molestado por nadie. Al abrirse las puertas, y asomar él a las oscuras calles de Ingaz, una voz tronante surgió de alguna parte allá en el negro cielo estrellado, sobre su cabeza. Una voz oscura, profunda y llena de odio, que retumbó en sus oídos y su cerebro al hablarle ominosa :

—Has vencido, extranjero. Mis poderes mágicos que guardaban mis tesoros, han sido derrotados por tu astucia y tu brazo poderoso. Pero la magia de Roaluk Kahn no es desafiada por nadie en vano. Te emplazo a un futuro encuentro, donde tu fortuna no será tan grande, extranjero. Sabré quién eres, de dónde llegaste, y por qué has sabido apoderarte de mis más apreciados objetos, el Escudo de Azur y el Casco del Guerrero Inmortal. Lo sabré, y te venceré con mis armas, muy superiores a las tuyas. Palabra de Roaluk Kahn, que desde hoy es tu feroz y mortal enemigo. Estés donde estés, un día te enfrentarás a mi poder... ¡y morirás, audaz extranjero! Ni tu escudo, ni tu espada, ni tu fuerte brazo, ni tu astucia y valor, ni tan siquiera el poder del Ojo Sangriento del Guerrero Inmortal podrán vencerme a mí, el más poderoso de los magos de Auranis y de todo Vultar, tenlo por seguro... ¡Hasta muy pronto, extranjero temerario...!

El cielo se nubló súbitamente, restalló el trueno, culebreando los rayos en las alturas. Una lluvia torrencial se abatió sobre Ingaz, como surgida mágicamente de la nada, y el joven guerrero, empapado pero triunfante, llevando los atributos de su triunfo y de su incipiente poder, llegó al figón sombrío donde Minerva le esperaba, temblorosa, pidiendo a los dioses que velaran por él.

—Vamos de aquí, querida —dijo Aquilán, cuando ella, sollozando de gozo, se precipitó en sus brazos—. Esta ciudad es cuna de hechicerías siniestras y de magos poderosos. He vencido una vez, guiado acaso por tu propia fe en mí, mujer, pero no es prudente desafiar por dos veces a los poderes infernales, estoy bien seguro de ello.

—Aquilán, venciste... ¡Vivos, y eres dueño de tu Escudo de Azur...! —musitó ella, triunfalmente . Es maravilloso... Los dioses lo hicieron, sin duda.

Besó sus brazos, su torso, su rostro, sus labios mojados de lluvia... Aquilán le devolvió sus caricias, oprimiéndola contra sí. Luego, murmuró con voz firme:

—Lo cierto es que pude haber muerto. Tenías razón. Hay cosas que uno no entiende ni conoce, cosas más allá de este mundo, que otros dominan... Volvamos a Enigia. Nos espera un largo viaje. Acaso tu fe me ayudó hoy, pero los peligros existen siempre, en cada lugar, en cada vuelta del camino... Volvamos, Minerva... He obtenido algo más que el escudo soñado. Este casco guerrero posee mágicos poderes. Pero alguna vez, me enfrentaré a seres con mucho más poder que yo. Entonces, necesitaré realmente de toda mi fe y mi voluntad para triunfar como lo logré ahora...

Oprimid contra él a Minerva. Y abandonaron Ingaz con paso firme, camino de alguna parte. Hacia Enigia, sobre monturas alquiladas. Ya no llovía ni centelleaban los rayos sobre la ciudad de los brujos.

FIN